

n Dicen-
dicha.—95.
macois: El
González.
—103. Con-

z del Car-
drino.—116.
B. J. Bena-
ez de Haro.
Luis Cal-
tertulio de
edro G. Ma-
—127. Emi-
de vida.—

A. Cavea-
Pelayo: El
cha: El sus-
r.—141. Be-
o Auderra-
—146. Felipe
En la gue-
tinez Cuen-
men de la
Casanova:

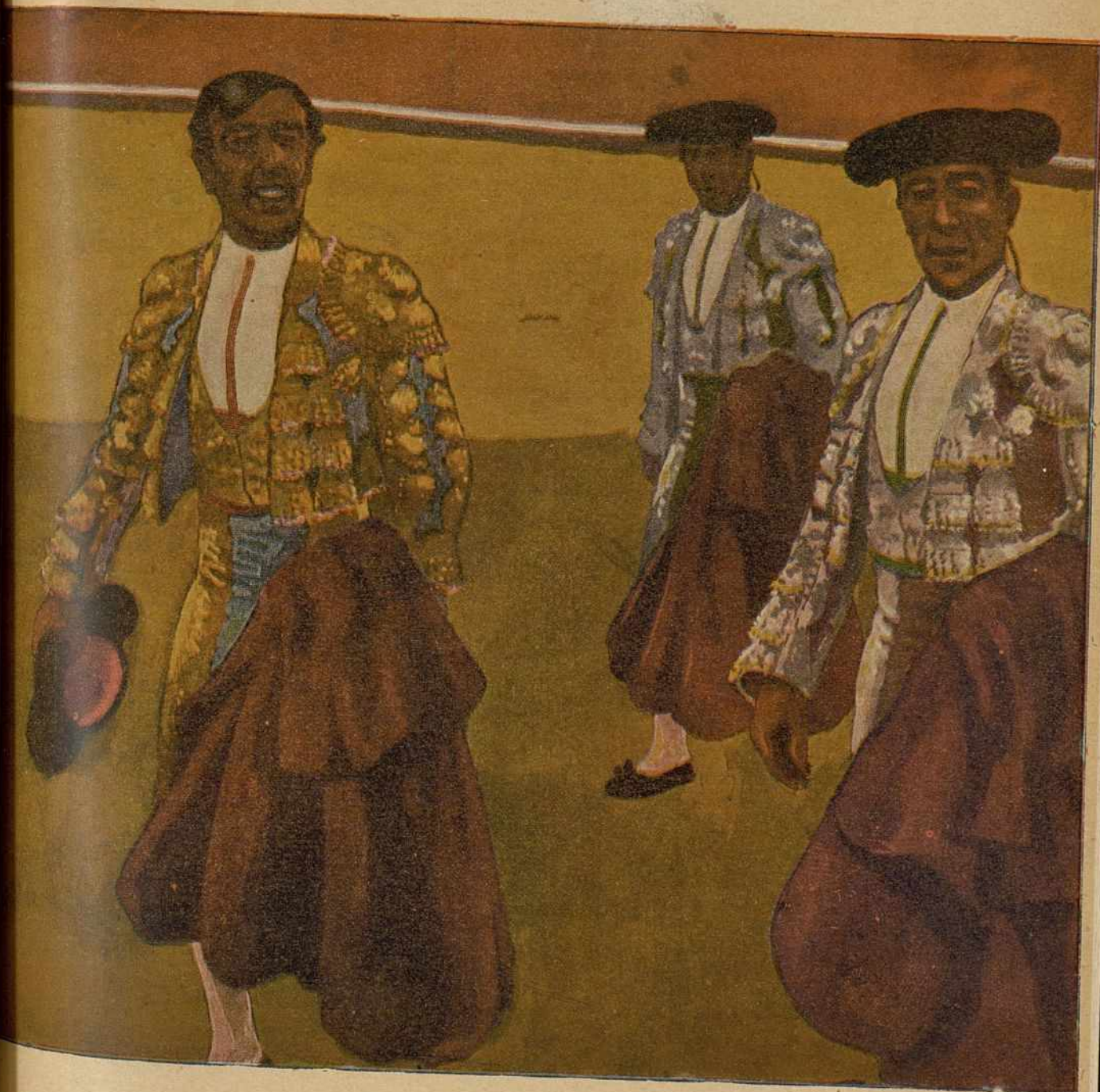
ento de vic-
te Almela.
ela: Reim-
68. Joaquín
l.—171. An-
de Hoyos
de Madrid.
a ronda de
ancisco Re-

fi alma era
Bau laire.
blo embole-
uchador.—
os verdes y
a.—198. Joa-
Angel: Ju-
l precipicio
gelina.—206
le: Ur con-

y se divierte
eyes: Sangre
17. J. López
astor.—206.
nio Noel: El
s Sáenz: El
Emilio Ca-
Rosa Blan-
irones.—232
as alondras

Por una na-
hemia.—246.
e la Pedrosa:
San Sebas-
cio Iglesias:
le: La buena
misterio del

EL CUENTO SEMANAL



EL DEL ROCÍO

NOVELA POR ARTURO REYES

30 cts

El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.--MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V.-10 de Noviembre de 1911.-Núm. 254

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre,
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios a precios convencionales.

Número suelto: 80 céntimos.

Fábrica de corbatas

CAMISAS, GUANTES, GENEROS, DE PUN-

TO, ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo :: CAPELLANES, 12 :: Precio fijo

REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMATICO infalible en todas las manifestaciones de tan general y molesta enfermedad. Su éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor por intenso que sea, y con muy pocas más desaparece. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado. Pesetas, CINCO el frasco

Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resista á su poder. Rechácese toda caja que no sea de lata y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martin Velasco y Comp.^a

LEASE BIEN EL PROSPECTO

GRANDES TALLERES DE
ENCUADERNACIÓN DE

JOSÉ YAGÜES

8, NUNCIO, 8

Se hace toda clase de trabajos de encuadernación, libros rayados, etc.
Especialidad en encuadernación de revistas ilustradas

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

ESPOSAS DEL SEÑOR

POR DIEGO SAN JOSÉ

Ayuntamiento de Madrid

COMPRO Y VENDO ALHAJAS

ANTIGÜEDADES, MAQUINAS DE ESCRIBIR
Y FOTOGRAFICAS, PIANO PIANOLA, ESCO-
:: :: :: PETAS Y BICICLETAS :: :: ::

AL TODO DE OCASIÓN

Fuencarral, 45

PASTILLAS CRESPO

de Mentol
y Cocaína

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y evitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1,50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN Y C.^a

MADRID, Calle de Alcalá, 9, MADRID

García Guerra, Hijo

JOYERIA MODELO

Pulseras de pedida desde 40 pesetas.—Objetos
de plata para bodas y regalos

3, LUNA, 3

EL DEL ROCÍO

I

La luz del sol hacía brillar los vivos colores de las enjalmas, atajarres y baticolas que decoraban, á modo de alpujarreños tapices, los muros del reducido establecimiento, en cuyo fondo trabajaba canturreando alegremente el *Niño del Rocío*, mientras su padre, repantigado en viejo sillón de brazos, parecía dormir, con la barba apoyada en el pecho.

El *Niño* podría contar de diez y nueve á veinte abríles, y era de cuerpo esbelto y flexible; su rostro, de algo agitanado perfil y tez casi bronceada, de grandes ojos oscuros, de boca grande, de abultados labios, de blanquísima dentadura desigual; de anchas cejas renegreantes y de pelo rizado y negrísimo, encrespado sobre la frente en relucientes mechones.

Durante algunos minutos continuaron, el *Niño* dedicado á su labor y el viejo al reposo, hasta que, penetrando como una bomba en la albardonería Manolico el *Musaraña*, exclamó, dirigiéndose al del *Rocío* y con acento de simpático timbre sonoro:

—Mira, Antoñuelo, que son las doce, y á la una estamos citaos con Paco el *Chorito* y con Pepillo el *Maroma*, en ca de Pepe el *Peineta*.

El viejo puso una mirada hostil en el recién llegado, y

—Pos que se asperen esos dos senaores vitalicios—refunfuñó con voz desabrida—, que lo primero es lo primero.

—Pero si esto ya se arremató—exclamó el *Niño*, mostrándole á su padre el pretal que acababa de componer, y después, dirigiéndose al recién llegado, continuó:—Y tú aspérate una chispitilla, que voy á *jatearme* en menos que se dice.

El *Musaraña* hizo un gesto de resignación, mirando de soslayo al señor Marcelino, y cuando el *Niño* hubo desaparecido en la trastienda, situóse en la puerta de la calle, dispuesto á no dejar pasar por delante de él, sin el correspondiente piropo, moza alguna que el piropo mereciera.

Y entretenido en cosa tan grata seguía, en tanto el señor Marcelino empleábase en defenderse del sueño á cabezadas, cuando volvió á salir el del *Rocío* majamente acicalado con entallado marsellés, pantalón abotinado, descotadísimo chaleco, que dejaba ver casi del todo la blanca y rizada pechera, y sombrero negro, de rondañía estirpe, por debajo de cuyas alas desbordaban los rizados tufos, que se le encañolaban sobre las tersas sienes juveniles.

—Vaya, *chavó*, así estás pa que te retraten—dijo el *Musaraña*, midiendo de arriba abajo, con la mirada, á su amigo, el cual, sin parar mientes en las lisonjeras frases de aquél, dirigióse al viejo, y poniendo un beso en sus mejillas,

—Vaya, parecito, hasta después, si es que usted otra cosa no dispone.

Correspondió el señor Marcelino con semblante hurao á la filial caricia, y

—Ya sabes—le dijo—que no quieo que vengas mu tarde, que no tengo ganas de pasar otra noche como la de anoche, en un pie como una grulla.

—La de anoche fué una, y se la llevó el gato.

Y momentos después cruzaban la calle ambos amigos con paso casi musical y con airoso contoneo.

—¿Qué, vamos pa ca del *Peineta*?—preguntó Pedro al *Niño* al llegar á Puerta Nueva.

—Antes vamos á arrecoger á Rafelillo, que estará asperándose con Don Policarpo en los *Moriles*.

—Pus pa los *Moriles*; y oye tú, á propósito de Don Policarpo: sabe tú que el hombre está por ti arrancao der to; que dice que en cuantito pises tú el redondel en Sivilla, puñalás va á haber por verte de atorear.

—Jalay, que no lo engañe la güena voluntad que me tiee el hombre; pero en fin, se jará lo que se puea, porque lo que es yo, voy á Sivilla con la e Caín, á ganarme el cartel ú á que me jagan viruta.

—Y oye tú: á to esto, la Angeles, ¿qué?

Hizo un gesto desabrido Antonio, y encogiéndose de hombros, exclamó:

—Eso será lo que quiea un *divé*, y lo mejor que tú jases es no volverme á purgar en esa pupa.

El *Musaraña* se encogió también de hombros y dijo al *Niño* con acento indiferente:

—Pos perdóname la salía.

Y tras breves instantes de silencio, le preguntó:

—¿Qué, te llevas á Sivilla al *Repelote*?

—De juro que sí. ¿No ves tú que Rafaelillo es mis pies y mis manos? Me lo llevo á él y á tos los de mi cuadrilla.

II

Diez y siete primaveras acababa de cumplir Angeles, hija única del señor Frasco el *Acemite*, y era su cuerpo grácil y elástico, y eréctil y temblador su seno, que emergía con virginal arrogancia, y con razón los ojos de la gente moza posábanse tan codiciosos como indiscretos, al verla pasar, en su tentadora curvatura así como en su talle, que ondulaba como un junco, y en sus piernas estatuarias, y en su pie, tan breve y pulido, que apenas si se dejaba percibir entre los remolinos de encajes de las siempre crujientes y nevadísimas enaguas.

Su rostro, ligerísimamente descarnado, era de tez pálida y aterciopelada; sus ojos almendrados parecían proyectar, con sus larguísimas encorvadas pestañas, los tonos suavemente esfumados de sus ojeras; sus cejas, de arco purísimo, eran de un negro insuperable, como sus pupilas de mirar adormecido, y como su cabello, profuso y reluciente, que cubría su nuca con pesadísima castaña, y que, partido en dos bandas, cubría parte de su frente y casi del todo sus orejas, adornadas á diario con típicas arracadas de cordobés abolengo, y su boca, de labios en que parecía amenazar con brotar su rica sangre, dejaban ver, al entreabrirse, una dentadura de nitidez marfilina.

Y si á estas perfecciones unimos los dos graciosos hoyuelos que, á veces, una ligera contracción hacía aparecer en sus mejillas; un timbre de voz de incomparable dulzura; cierto elegante excepcional desenfado en sus movimientos, y por añadidura el buen gusto con que sabía avalorar sus hechuras con sus típicos adornos, no podrán extrañar, los que nos lean, que fuese la ventana de su vivienda á modo de dulcísima colmena, frente á la cual no cesaban un punto de revolotear los más prestigiosos y ternes de los mozos del distrito.

Angeles, á la que la prematura muerte de su madre habíala obligado á ponerse al timón de su casa cuando aún la reclamaban los recreos propios de la niñez, apenas si paró mientes, llegado que fué el momento, en los que á diario solicitaban su predilección con miradas incendia-

rias y detonantes suspiros, hasta un día en que el señor Francisco, que, deseoso siempre de compensarla del retraimiento en que vivía, no dejaba pasar día de fiesta sin que la llevase á lucir, acá y acullá, su cara y su gentileza, decidió llevarla á dar un paseo por Miraflores del Palo.

Y ataviada Angeles con el mejor de sus vestidos, el más lujoso de sus mantones de Manila, las más ricas de sus arracadas, el más lindo de sus collares y las más vistosas de sus tumbagas, y acicalado el viejo con su terno más elegante, su gran calabrote de oro y su gran *pavero* gris, metiéronse ambos en el más presentable de los carruajes que encontraron en la parada y

—¡Camino del *Palo*!—dijo al cobero con acento imperativo el señor Frascuito, apoyando á la vez ambas manos, en airosa actitud, en el gran puño de marfil de su *roten*, un palasán digno de figurar en las manos del mismísimo Hércules farnesiano.

El cobero, un cuarentón con cara de truhan, bizcó con tal perfección los ojos, al ver aquella chavala que de modo tan espléndido llenábase de hermosura, de seda y de perfumes juveniles el carruaje, que Angeles tuvo que morderse el labio inferior para disimular la risa y

—Pero, hijo, ¿qué ha sido lo que te ha pasao?—preguntó zumbonamente á aquél, halagado en su vanidad el *Acemite*.

—Calle usted, hombre, calle usted—repúsole el cobero con voz lastimera, á la vez que volvía á colocar en su debido lugar sus acharranadas pupilas—, que hay cosas en este mundo que no se pueen mirar sin tocar el pito de carretilla ó sin que le dé un ataque de cualisquier cosa al más pintao.

Cuando llegaron á *Miraflores*

—¿Qué, te tomarías cualisquier tenteempié en *cá* de Pizarro?—preguntó á Angeles el señor Frascuito.

No debió la muchacha encontrar inoportuna la paternal invitación, pues algunos minutos después, sentados padre é hija en uno de los cenadores del ventorrillo, decíale aquél á Pepico el *Trebujena*, uno de los mozos del popular establecimiento que en servil actitud, en mangas de camisa y al hombro el paño, distintivo de los de su profesión, le contemplaba sonriente.

—A ver si nos traes una miajita de gloria santa y media botella del que beben los serafines.

Próximos al cenador, en otro que también vestían de verdores las trepadoras, un bandurrio de mozos, apenas necesitados todavía de los buenos oficios del barbero, alborotaba, al par que daban fin á algunos *cdices*, en tanto uno de ellos tañía diestramente una vihuela.

Angeles arrojó una mirada furtiva en el grupo y

—¿Quiénes son los que están ahí?—preguntó el *Acemite* al *Trebujena*.

—Unos cuantos diputaos á Cortes—contestóle zumbonamente el mozo.

Y después, como arrepentido de su humorada, continuó:

—Tres ó cuatro chavalillos aficionados á los pitones: el *Púa* y el *Tunela* y el *Pipiricuando* y el del *Rocío*, el hijo del albardonero.

—¿El del *Rocío*? ¿Es ese que dicen que va á ser mu buen torero?—preguntó con acento indiferente la muchacha.

—Sí que dicen que el chavalillo es de los que han vinio con algo en la faltriquera.

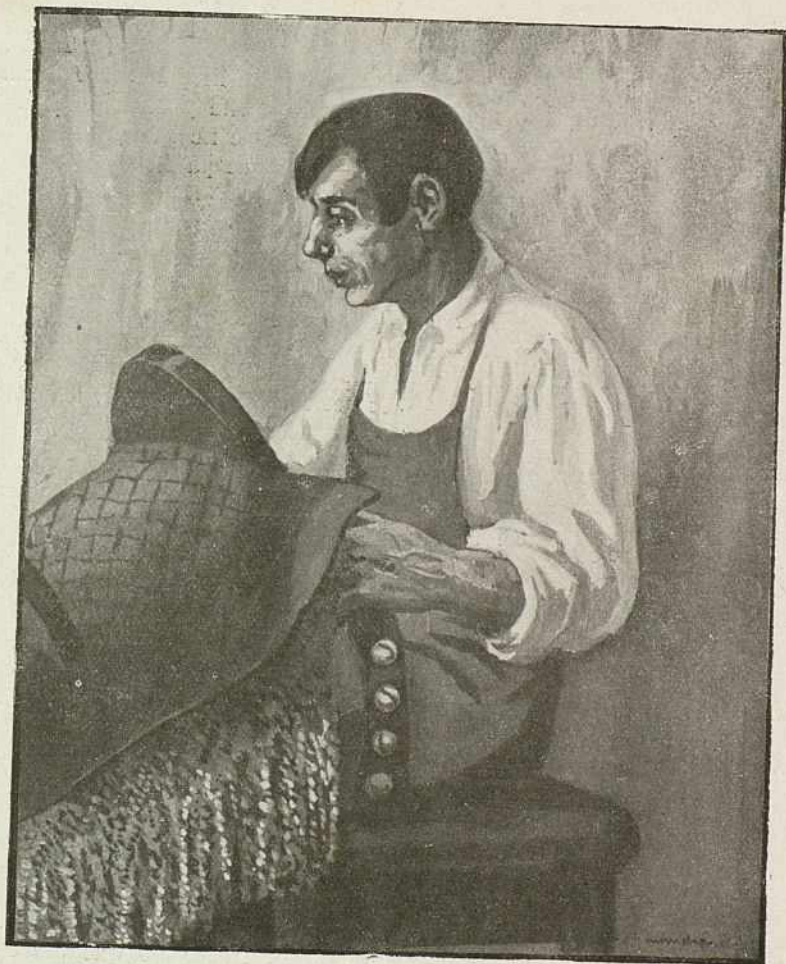
Pronto empezó á sentirse molesto el *Acemite*; los chavales, caldeados por las sin duda frecuentes libaciones y por el espléndido sol otoñal que

ha regalao usté nunca naíta de tó cuanto le he pidío.

La mano del *Acemite* iba ya á caer á modo de martillo sobre el semblante del osado pediguño cuando Angeles, interponiéndose rápida y sujetando el brazo á su padre, dijo á aquél, mirándole con expresión despectiva:

—¡Qué escasilla y qué retecara que debía andar la vergüenza cuando á usté lo trujieron á este mundo!

Aquello tuvo la duración de un relámpago, y antes de que el *Acemite* hubiera podido desasirse de las manos de Angeles, penetraron en el



embellecía el risueño paisaje y por la presencia de Angeles, empezaban á dar al olvido la debida discreción, y uno de ellos, abandonando de vez en cuando el cenador que ocupaba con sus compañeros, asomábase furtivamente al ocupado por padre é hija para recrear sus ojos en la contemplación de la muchacha.

Una de las veces, cuando ya el señor Francisco pensaba en abandonar el campo, llegó aquél á la puerta, y mirando á Angeles con los ojos casi desmayados, el bello caído y aferrándose con ambas manos á uno de los postes y encarándose con el viejo, exclamó con voz balbuciente:

—Bien podía usté tener una miajita de güen corazón y darme esa niña, que entoavía no me

cenador los compañeros del mozo, y adelantándose el del *Rocío* y quitándose graciosa y cortésmente el amplio *pavero*, dijo dirigiéndose á aquél, á la vez que sus ojos no se apartaban un punto, llenos de asombro, de los de Angeles:

—Perdónelo usté, que es que ha bebío más de lo que puede y yo me he descuidao; que si yo me hubiera dao cuenta...

Angeles miraba también al *Niño*, cuyo acento dulce y armonioso y cuyo mirar, en que se retrataba la sorpresa, habían calmado como por encanto la indignación que en su pecho despertara las indiscreciones del *Tunela*, y el señor Francisco, al que también había desarmado la cortés actitud del albardonero, le repuso:

—¡Pus por perdonao! Pero lo mejor que harían ustedes sería meterlo en cama á ver si suda toito lo que le sobra.

—Pero ¿qué ha sío lo que le ha dicho á ustedes este alma mía?

—Sonrojóse ligeramente Angeles y

—Yo no lo vi tan siquiera—le repuso, procurando encubrir con una sonrisa su turbación.

—¡Calle usté, hombre—exclamó el señor Francisco, sonriendo, al recordar la extraña petición—, que tiée usté un amigo que es la mar de salao y la mar de corto de genio pa peir lo que más es de su gusto!

—Pero ¿qué ha sío lo que le ha pidío á ustedes?

—Pos cuasi ná—dijo riendo el Acemite—. ¡Cualquier cosa! Que le regale mi Angeles, porque, según dice, yo no le he regalao nunca ná de tó lo que me ha pidío.

—Y es la *chipé*—balbuceó el *Tunela*, esforzándose en no perder el equilibrio y tambaleándose de modo amenazador—, ¡pero que la *chipé*! Como que nunca me ha regalao naita; pero que naita me ha regalao en jamás de los jamases.

III

Cuando el del *Rocio*, después de dejar á su amigo durmiendo, en el ventorrillo, la traición del solera, se dirigió hacia la capital con el *Púa* y el *Pipiricuando*, iba meditabundo y distraído, sin que lograran sacarle de su ensimismamiento la belleza del golpe de vista que presentaba el camino con el azul del mar que radiaba como de zafir purísimo, digno rival del del purísimo horizonte; los montes que vienen á morir en la polvorienta carretera con sus alegres viñedos, sus oscuros olivares y sus nevados caseríos; el alegre ir y venir de los paseantes; los timbres de los tranvías; el silbar del tren costero que casi bordea las olas que se extienden, al morir, en el playazo, y el correr de los pescadores que *volaban* en competencia, encorvados por el peso de los repletísimos cenachos que fulgían como argentados y repujados broqueles.

—Pero ¿qué es lo que te pasa á ti que parece que se te han agriao los espetones?—preguntó al Niño el *Pipiricuando*.

Procuró aquél ahuyentar sus preocupaciones y:

—Es que er sol se me ha metio en la mollera y me parece que tengo jasta calentura.

—No es mala calentura la que te ha metio á ti en el corazón los ojos de la que quería que le regalaran al *Tunela*.

—Oye, tú, ¿y quién es esa *gachi* tan regreciosa?

—Pos esa es—dijo el *Púa*—Angeles, la hija del señor Frasco el Acemite, el del almacén de granos de la calle de *Mármoles*; una *gachi* que está esperando á que venga á peirla algún príncipe de extranjis pa echar abajo la bandera.

Cuando Antonio se encontró, aquella noche, á solas en su habitación, procuró en vano dar al olvido el recuerdo de Angeles, que de tal modo habíasele aferrado al corazón, que no encontraba medio de arrojarla de aquel reducto; él no recordaba haber sentido nunca lo que la hija del señor Francisco le hiciera sentir, y cuando aquella noche llegó a su casa, llamó á la señá Angustias la *Pantalonera*, una buena mujer, encargada del cuidado de los albardoneros, y le preguntó:

—Oiga usté, señá Angustias: por casolidá, usté que conoce más gentes que el censo, ¿conoce usté á la hija del señor Frascuito el Acemite?

—¡Pos de juro que sí! ¡Si esa niña es más conocía que la zargalona! Y además que tiée la moza una carita y unas jechuras que quien la güele, manque no sea más que una vez, se la lleva, pero que pa siempre se la lleva en el corazón.

—Sí que es verdá eso que usté dice—suspiró Antonio.

—Pos malo es que tú haigas puesto en ese sitio la era—dijo la vieja con acento sentencioso—, que tó el que se ha arrimao á ese proigio ha salio con una espina en mitá der pecho; porque es que esa niña debe tener los centros más duros que una cantera, y además que su padre, el señor Frascuito, está esperando á que venga á peirsela el menos rubio de color de toitos los Reyes Magos.

No obstante el desaliento que le produjeran estas palabras cuando se metió en el lecho el mozo, la esperanza, acudiendo en su ayuda, musitó dulcemente en sus oídos:

—Y qué te importa á ti que al padre de Angeles le haiga llenao la ambición de fantasmas el pensamiento, si tú, siguiendo por el camino que vas, dentro de naita vas á ser uno de los tres ó cuatro que en España van á poer tutearse con el *Guerra*; si tú, como quien dice, de aquí á un rato vas á ser toita una cordillera y no va á haber periódico que no te retrate jasta en cucilla, y entonces, cuando ya estés en el cuarto de bandera, entonces ya verás tú cómo ese mismo señor Frascuito que quíée pa su hija un Inca, por lo menos, en papel, pero que en papel sellao, te va á presentar una solicitud pa que le cases con su tesoro de plata y oro.

Dulcemente acariciado por lo que la esperanza le decía, sintió llegar Antonio el sueño con el ensueño en el regazo, y cuando á la siguiente mañana las primeras claridades del día se filtraron por los cristales de su ventana, se incorporó bruscamente. Y deseoso de volver á ver en carne y hueso á la que durante toda la noche no había dejado un punto de revolotear en torno suyo, saltó del lecho impaciente; y una hora después, echábase á la calle primorosamente acicalado.

Y acordándose de que en alguna que otra oca-

sión habíale oído hablar de Angeles y su padre al *Repelote*, su primer banderillero, se dirigió á casa de éste, y encontrando herméticamente cerrada la puerta de la habitación que ocupaba

Momentos después penetraba el del *Rocio* en la habitación, y dirigiéndose á tientas al balcón, abriólo de par en par, y un torrente de luz iluminó la estancia y la figura del *Repelote*, el cual,



con su madre, su amigo golpeó en ella vigorosamente y

—Con un pitón jasta que se te rompa por la cepa—gritó con voz soñolienta el *Repelote*.

—A ver si te doy yo un tres con tres pa el desayuno por lo deslenguao que tu madre te ha parío.

—¡Ah, que eres tú! Perdona, hombre, perdona, que pensé que era el casero.

cerrando los ojos medrosamente ante aquella soberbia irrupción del día, refunfuñó á la vez que se lanzaba de cabeza contra las almohadas y cubriase el rostro con la cobertura.

—Pero mala puñalaita le den al *mengue*, *chavó*, que esto es más peor que un tercer aviso; que es que estoy que me caigo de sueño; que es que esto no se puee aguantar; que es que esto

no es ser amigo de uno; que es que esto es tener por corazón una alcayata.

El Niño, que sonreía ante las protestas del *Repelote*, hizo á éste que se levantara, y media hora más tarde, sentados ambos á una de las mesas de uno de los hondilones más populares del barrio, decíale, no sin remojarse de vez en cuando los labios con alguna que otra copa del de Cazalla de la Sierra:

—Vamos á ver si me puéas tú dar algunos por-menores de un fenómeno que vide yo ayer en «Miraflores del Palo»; una *gachi* que güele á claveles y que, cuando anda, parece como que le va cantando ca coyuntura una coplita gitana.

—¿Y cómo se llama esa tontería de mujer?

—Pos se llama Angeles, y es hija de un tal señó Frasco el *Acemite*.

—Pos de juro que sí, que la conozco, pus po- quitas veces, *chavó*, que la he mirao yo cuasi con el corazón encogío por si conseguía que se le ablandasen las sentrañas; pero ¡que si quie- res! ¡Cómo que creo yo que esa *gachi* es de pin- sapo, porque de pinsapo se necesita ser pa no jacerse manteca cuando le mira un mocito como yo; porque, aparte de estos dos bombones que Dios me puso por carrillos, creo yo que no soy un hombre de mal ver y que tengo muchísimas, pero que muchísimas simpatías!

—Pos si tú conoces á esa *gachi*, sa menester que tú me presentes á ella.

—Eso sa menester pensarlo una miajita y an- darse con una miajita de tiento; porque es que en cuantito se güela el viejo que le andan bus- cando las cosquillas á la chavala, pa mí que ya está el hombre calando la bayoneta y dándole el quién vive al lucero matutino.

—Entonces, ¿es que quíees tú que me dé yo una puñalá en cá sangría?

—¡Hombre, y qué afición que tiées tú á desan- grarte por cualisquier cosa! No seas asín, hom- bre, no seas asín, que yo iré á ver á mi comadre Mariquita Maldonado, que es una jembra que de- lira por mí, en cuantito me ve con el terno de lucés, manque no sea más que en retrato; y como Mariquita es prima de Angeles y la An- geles va algunas veces á su casa, ya veré yo cómo pueo arreglar este *chanelo* sin que se re- chifle el señor Frasquito.

Y de tan buenas mañas hubo de valerse sin duda el *Repelote*, que al siguiente día penetraba repiqueteando alegremente los dedos en la tienda del Niño, y aprovechando el encontrarse á solas con éste, decíale con expresión de triunfo:

—Si tú fueras un hombre agraecio, ahora mis- mo me estarías dando un beso en ca poro, por- que es que la faenita que yo me he cargao por ti no se paga ni dándome la alternativa.

—¿Acaso Angeles?

—Pos sí, señó, que eso de Angeles ya está arreglao; que anoche mismo me fui á cá de mi comadre, á la hora en que yo sabía que estaba el compadre cogiendo la de reglamento, y tan

superiormente trabajé la partía, que acabo de recibí un recaó de Mariquita diciéndome que esta tarde le llevarán el mixto de canario que anoche le encargué, y que si quiero verlo que me vaya por allí con el amigo mío que va á poner cana- riera.

IV

Mariquita Maldonado, engalanada con sus tra- pitos domingueros y rechinante de limpia hacíase como siempre perdonar, merced á sus dotes de pulcritud, á lo apicarado de su mirar y á lo sugestiva de su también apicarada sonrisa, lo incorrecto de sus facciones, lo pecoso de su tez y lo no muy escultórico de su figura.

Sentada frente á su prima, próximas ambas al balcón, decíale Mariquita á Angeles, no sin arrojar, de vez en cuando, una mirada impa- ciente á la calle:

—Lo que yo te digo que Pepilla la *Tapones* arrematará por lo que arremató su hermana Ro- salía; porque es que, la que nace pa lechuga, no puée llegar á escarola.

Ya empezaba á impacientarse Mariquita cuan- do algunos golpes que resonaron en la puerta de la sala hiciéronla levantarse y

—Pero ¿qué es esto, compadre; usté por aquí?—exclamaba momentos después con expre- sión de asombro Mariquita, al ver en el umbral al *Repelote*, acompañado del del *Rocio*.

Angeles, que al ver á éste había puesto una mirada entre irónica en la Maldonado, dirigióse hacia el balcón, contando una y otra vez las va- retas del varillaje del abanico.

—Pos sí, comadre, yo en presona y tal y como Dios me puso en este pícaro mundo—dijo con acento jovial el *Repelote*.

Y penetrando desenfadadamente en la habita- ción, seguido de su como él destocado compañe- ro, y después de presentar éste á Mariquita, continuó dirigiéndose á Angeles:

—Míe usté por dónde me he encontrao yo esta tarde con la Pastora Divina, que ha salío de paseo.

—No esperaba usté encontrarme aquí, ¿ver- dá?—preguntó Angeles con acento irónico al *Repe- lote*, sin atreverse á poner sus ojos en el del *Rocio*.

—¡Pos de juro que no!—Cómo que á quien yo esperaba encontrarme era á mi compadre, con que ya ve usté que es una miajita la diferenciencia, salero.

—Pero ¿tú no conoces á Antonio?—preguntó á su prima la Maldonado.

—Sí... creo que sí... es decir, me parece que yo he visto en otra parte á este caballero; pero la verdá es que no estoy mu segura.

—Pos mire usté lo que son las cosas; yo la vide á usté una sola vez, y clavá, pero que clavá en el corazón la tengo á usté dende entonces; pero esto no tiene naíta de particular que, pa

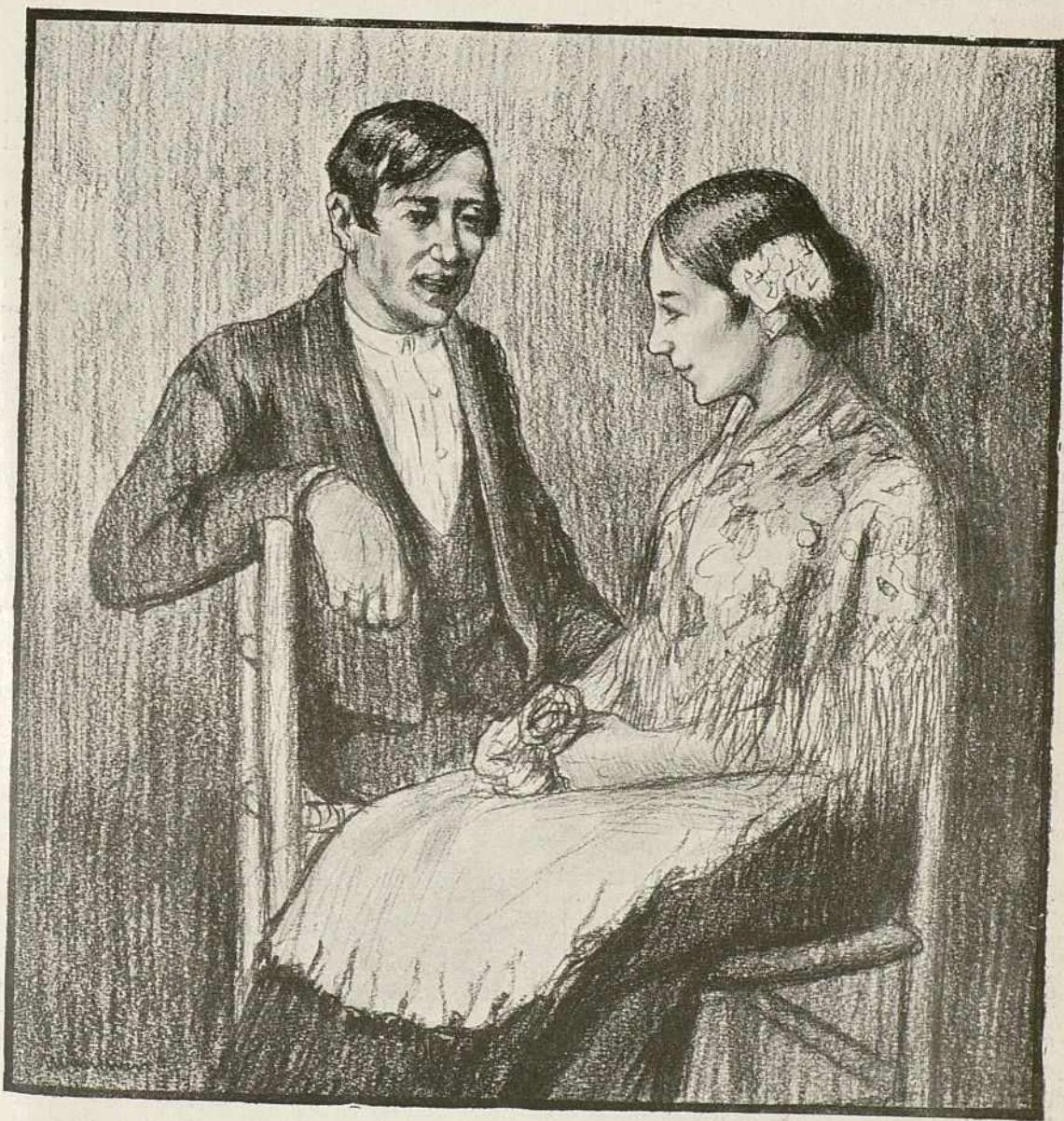
no olvidar al sol, es bastante que le dé á uno solo una vez en la cara.

Angeles calló; la voz del Niño acariciábala vagamente lo más hondo de su ser y la llenaba al par de dulces, de misteriosos arrobamientos.

El *Repelote* se sentó junto á Mariquita en amantelada actitud, y Antonio, acercándose más

que tuvo es el que tengo ya la mar de ganitas de contarle á usted, á ver si usted consigue explicarme las cosas que yo he ensoñado.

—Le advierto á usted que yo soy de las del pelotón de las torpes, y además que ya sabe usted que lo que traen los ensueños, los ensueños se lo llevan; pero, en fin, si es un capricho, encomience



á la hija del señor Frasquito, y posando en ella una mirada ardiente, díjole con voz suave:

—Y las ganitas que tenía yo de quemarme el corazón en esos ojos charranes.

—Jesús, hijo; pos ni que viniera usted del Polo Norte.

—Es que usted no sabe—repúsole Antonio con voz grave—cómo yo vivo dende que vide esa cara el otro día en cá del Pizarro; yo nunca había sentido lo que sentí; como que me quedé sin poer jechar el habla del cuerpo, y anoche, cuando me metí en la cama, tuve un ensueño, y ese ensueño

usted á contarme ese ensueño, que pa mi que debe ser una cosa la mar de graciosa.

Antonio puso una mirada intensa en Angeles, como si quisiera llegar con ella al fondo de su corazón, y con voz trémula y apasionada le dijo:

—Yo no sé si será ó no será gracioso; pero es lo cierto que anoche, apenas me había metío en la cama, cerré los ojos y di suelta á mi pensamiento y en seguida comencé á ensoñar, y ensoñé que era una mañanita de Mayo, una en que se venían abajo de rosas los rosales y de fruto la arboléa; una en que cantaban como en compe-

tencia los jilgueros y las alondras; en que el cielo rabiaba de azul que era, y en que la mar parecía un espejo, y en que toas las mujeres, toas, menos una, eran como clavellinas ñas y otras como nardos y otras como claveles de Bengala, y que yo, caminando, caminando, llegué á un sitio aonde no se oía más que á tomillo y á mejorana, y aonde parecía que la alegría lo llenaba to de luces y de músicas, y allí vide, ¡ay, Angeles, y lo que vieron estos ojos míos que se ha de comer la tierra!, que lo que vide no fué una mujer, sino un ramillete de flores en un jarrito de plata.

—¡Josús, y qué cosas más requetecaprichosas que ensueña usted!—dijo Angeles, á la que las frases de Antonio empezaban á producir un á modo de dulce mareo.

—Pos es la primera vez que yo ensueño estas cosas y en que me pasa lo que me pasa; porque es que yo, al ver aquella maravilla, me pareció que se me metía toita ella en el corazón, y yo, como es naturá, al sentir aquello, encomencé á peírle á Dios que se adoleciera de mí, y cuando con más fatiguita de muerte se lo estaba pidiendo al que to lo da y to lo quita, un hombre ya con el pelito más blanco que el arminio se arrimó á mí, y mirándome de un mó que ca mirá era un cardenal que me jacia, me dijo que era yo mu requetepoquilla cosa pa poner tan alto mis ojos, y que ya podía largarme á la otra vera del río y no volver hasta que no hubiera podido arrejuntar pa poer presentarme allí con zancos de oro.

—¿Pero tan altísimo estaba aquel ramito de flores?

—Más entoavía, pa mí, que el lucero de la tarde; pero es que yo, al oír lo que el del pelito blanco me decía, al del pelito blanco le dije que yo pelearía como un león hasta conseguir los zancos de oro, manque pa conseguirlo tuviera que dejarme pegá las entrañas á los cuernos de un Miura.

—Y á eso ¿qué le contestó á usted el del pelito blanco?—pregunó al Niño Angeles con voz apagada y expresión meditabunda.

—Pos el del pelito blanco me contestó que á lo que yo le decía tan sólo me podía contestar la mujer más bonita de España, y yo, al oír esto, pos es natural, me acordé de usted en seguida y por eso he vinio á preguntarle á usted si usted cree que si yo consigo llegar aonde yo me propongo llegar, podré esperar que se adolezca de mí aquel ramito de flores que yo vi anoche ensoñando en un jarrito de plata.

Angeles quedó en silencio durante algunos momentos, con la vista en el suelo, levemente coloreadas las aterciopeladas mejillas y agitada la respiración, que hacía ondular rápidamente el nacarino oleaje de su seno virgen, y

—Bueno—dijo por fin con voz entrecortada y sin osar mirar frente á frente al del Rocio—, yó, si fuese verdá to eso que usted dice, si eso no fuera un capricho, si eso no fuera una chinita que se tira á la mar...

—Si no fuera eso, ¿qué?—le preguntó ansiosamente el Niño, estremeciéndose de júbilo.

—Pos si eso fuera verdá—dijo Angeles clavando los ojos en él y sonriendo dulcemente—, le diría que no creo yo que cuando una mujer quiere á un hombre, necesite que ese hombre tenga que arrimarse á ella con unos zancos de oro.

V

Transcurrieron dos ó tres meses, durante cuyo tiempo paladearon furtivamente Angeles y el del Rocio los primeros sorbos del néctar con que el amor endulza en nuestra mocedad la amarga hiel que nos hacen beber dolores y adversidades, manteniendo sus enamoradas pláticas en casa de Mariquita; pero como con razón dice el adagio que no hay bien ni mal que cien años dure, extrañado el Acemite de aquel constante inusitado visiteo de su hija á su prima, una tarde, al regresar Angeles de casa de Mariquita, dijole aquél con acento malhumorado:

—Esto de que tú ca dos días tengas que dir á ca de tu prima, se arremató, ¿sabes?, pero que se arremató, y desde hoy en adelante irás, no cuando tú quieras dir, sino cuando á mí me dé la repotentísima gana.

Y como algunos días después de esta escena, un atardecer, el Niño, que andaba desesperado al ver la incomunicación de que eran víctimas, hubo de plantarse en la acera de enfrente y de permanecer en ella más tiempo de lo que la discreción aconsejara,

—Mía tú, Angeles—dijo á ésta al poco rato el señor Frasquito con voz en que empezaba á vibrar la tormenta—, ya mismo te estás metiendo dentro, que no tengo yo ganas de que ponga ahí enfrente su oficina ese banquero.

Y como al decir señalara al Niño, pudo éste percatarse de todo, y justo es decir, en honor de la verdad, que tentaciones tuvo el mozo, al ver el gesto despectivo del viejo, de entrar en el almacén haciendo resonar el clarín guerrero; pero meditándolo un punto, varió de propósito, y virando gallardamente en redondo, se dirigió hacia la taberna del Arenas, dispuesto á endulzar aquel sin vivir, con la ayuda de algunas cañas del más delicioso de los néctares montillanos.

Disipóse la ira del Niño, y comprendiendo que todo menos la muerte tiene compostura en esta vida, optó por solucionar el conflicto del modo más diplomático, y á fuerza de convidadas y de sendos cigarros puros y de derrochar tunantería, consiguió en breve que lo mismo el sereno que el guardacalle sufrieran un violento ataque de oftalmía y que, por lógica consecuencia de esto, no se pudieran enterar los encargados de velar el sueño del vecindario de que en las altas horas de la noche solía entreabrirse sigilosamente el maderamen de la reja de la casa del señor Frasquito y aparecer en ella el torso arrogante de su hija, y que á los pocos momentos

ya tenía pegada la hebra con ella el Niño, hasta que las primeras borrosas claridades del día empezaban á iluminar los horizontes.

Y en este estado estaban las cosas, cuando un día, nefasto para nuestra amartelada pareja, metióse al señor Frasquito por las puertas el señor Luis Cancela, más conocido por el *Molinero*, remoquete heredado de sus progenitores, un cincuentón, de gallardo empaque, de acciones enérgicas, de ojos enormes, de mirar grave y apacible, de grandes patillas, en las que empezaban á brillar algunas que otras hebras de plata; de tez marchita, vientre excesivamente abultado y averiada dentadura.

El señor Frasquito, que estaba al tanto hasta del número de semillas que podían producir los terrenos del más rico de sus remitentes y de su limpio historial, no pudo menos de estremecerse de alegría al oírle exclamar el primer día en que, al penetrar en el almacén, se tropezara con Angeles.

—Por vía del que jizo colorá las amapolas, si esto no se puee mirar sino como se miran los eclises, señó Frasquito.

Estas frases de asombro y la mirada que pusiera al mismo tiempo en la muchacha, hizo que el *Acemite* echara á volar su imaginación, y deseoso de conocer mejor las interioridades y antecedentes del *Molinero*, por si algún día éste aspiraba á fusionar con la suya su gloriosa dinastía, le preguntó en la primera oportunidad con expresión cándida y bonachona.

—¿Y cómo es que si va usted á pasar aquí unos días no se ha traído usted á arguno de la familia?

—Porque no están acostumbraos al bozal, y si se los pongo, malo, y si no se los pongo, peor.

El señor Frasquito puso una mirada como casi de espanto en el *Molinero*, el cual continuó con acento de zumba:

—Porque es que yo no sé si usted sabrá que yo no tengo más parientes ni más dolientes que un pachón que es una presiosidá, y además un mastín, que estoy segurísimo que si lo examinaran sacaba matricula de honor en toas las asirnaturas.

—Entonces, ¿es usted solito?

—Una parmera; á mi, la muerte de mi Araceli fué la que me *desmangarrilló*, porque es que habíamos vinio ar mundo el uno pa el otro y no había día en que no tuviera que venir á mediar la Guardia civil del puesto; pero esto no era más que por exceso de voluntad, porque es que los celos se la comían; pero, aparte de eso, era un encanto mi Araceli, á la que Dios tenga en su santísima gloria.

—Pos lo que es yo—dijo el *Acemite*—, no me explico cómo se puee vivir sin tener á la vera una persona que mos tenga voluntad y que muera por nosotros.

—Como que es lo último, camará; porque eso de si le da á uno un dolor tener que darse uno mismo las unciones, es más grande de lo que parece, y yo, por mi gusto, jace ya mucho tiempo

que me hubiera reenganchao; pero ¿quién se mete en ese fregao á estas alturas?

—¡Pero si usted se conserva superiorísimamente!

—Sí; gracias á Dios, entoavía no se me ha vinio abajo la techumbre; pero es que, como ahora las que me espesan la saliva son las que llevan el vestío al *tope*, pos veláy usted, que se necesita ser más valiente que el Cí pa meterse con una flor en capullo.

No obstante estas atinadas reflexiones, no tardó el rico cortijero en empezar á sentir flaquear sus convicciones ante la belleza de Angeles, mirando á la cual sentía enardecerse su veterano corazón y su también veterano pensamiento, de lo cual no parecía querer enterarse, y sin enterarse al parecer continuaba cuando un día, estando de *charla* con Angeles, esperando á que el señor Francisco se vistiera, hubo de pasar por la puerta del almacén el del *Rocio*, el cual, al ver al jerezano tan cerca de su ídolo, detúvose en la puerta, y tras arrojar una mirada iracunda en Cancela, puso otra de reproche en Angeles, á la que saludó con un ligero movimiento de cabeza.

Palideció Angeles á la mirada del Niño, y llena de turbación, ya en todo el tiempo que continuó el diálogo apenas si contestó con algún que otro monosílabo á las preguntas del señor Luis, el cual, aquella noche, deseoso de pasear á solas sus preocupaciones, fué al *Parque*, donde la luna ponía sus recamos de plata en las ramas de los árboles y en los grandes macizos de flores de los jardines.

—Pos, señor, está visto—murmuró sentándose en uno de los asientos de piedra y recordando la escena de aquella tarde, que no lograba apartar de su imaginación—, está visto que esto que yo creí un tonto, es algo más que un tonto, que si no lo fuera, no me hubiera dolío tantísimo la cosa, porque pa mí que el que pasó esta tarde es el amo del lao dizquierdo de la Angeles, y que su padre está, respecto á esto, en el limbo, como los niños llorones.

De tós mós—continuó con acento sordo y con el semblante contraído—, mejor es que me haiga enterao á tiempo, porque la verdá es que ya empezaba yo á perder los papeles y no estoy yo ya pa que se prende de mí una chavalilla como ese fenómeno, con esta panza mía, pa llevar la cual voy á necesitar entro é ná un furgón de cola, si es que Dios no lo remedia.

Así habló la razón en el señor Luis; pero como siempre ocurre, cuando es su contrincante el deseo, dejó oír éste su voz ardiente y persuasiva y

—Tó eso—dijole al *Cancela*—es pintar la cosa al negro humo, porque muy bien pudiera resurtar que lo de ese chavalete con Angeles no sea más que cuatro cosas de chiquillos, y tú, á pesar de tu panza, bien puedes decir como el refrán, que el que tuvo y retuvo guardó para la vejez, y además, que por algo dicen las mujeres que platicando con ellas eres tó azúcar cande, y, sobre todo, que si menester que no olvides que

el dinero es muy bonito, y que el *Acemite*, por que tú *entróncaras* con él, sería mu capaz de tomar una trinchera.

Y, al acento dulce y persuasivo del deseo, declaróse su rival en derrota; y cuando el *Molinero* abandonó el *Parque* hizolo decidido á seguir trabajando la partida por llegar al logro de sus dulcísimas aspiraciones y resuelto á plantearle la cuestión y á solicitar su valioso concurso, á la vez, al señor Francisco el *Acemite*.

—¿Pero qué es lo que quiere usté decir? ¿Qué es lo que está usté diciendo? ¿Qué tié que ver que yo no me quiera casar con que usté tenga que dir á ganar un jornal con el sudor de su frente?

Hizo un gesto de dolorosa protesta el viejo, y —No me preguntes naita—le repuso con voz sorda—; no caviles más en eso y que sea lo que Dios tenga dispuesto.

—No, eso no—dijo con voz enérgica la mu-



VI

—¡Antes de casarme yo con ese hombre me tiro por la escollera!

Ante tan rotunda amenaza, miró asustado á Angeles el señor Frasquito, y

—Está bien—dijo con acento lastimoso—, está bien, no te casarás, que no soy yo capaz de llevarte á ese sacrificio, y si llega la hora y no he podido buscar los ineros que necesito, pos que me fusilen, que ya me buscaré yo la vía, que entoavía tengo yo fuerza pa ganarme un jornal con el sudor de mi frente.

Angeles miró á su padre llena de asombro, y

chacha—; yo necesito saber por qué me ha dicho usté lo que me ha dicho.

El *Acemite* vaciló un instante, y después, y como si hiciera un gran esfuerzo, exclamó:

—Pues bien, te lo diré, pero que te conste que ahora soy yo el que se tiraría por la escollera antes de consentir en que te casaras con el señor Luis; pero si yo había pensao en eso fué porque el señor Luis está loco por tu persona y es un hombre con las cabales, y segundo, porque, como el señor Luis hace ya dos ó tres años vié mandándome géneros y como nunca me ha pidio su importe, y como ya sabes tú que yo llevo dos años más que peores, pos lo que

Ayuntamiento de Madrid

pasa, q
ra tuve
ahora m
sita lo
casa en
si podr

Ange
labras
mente s
padre l
podía d
sara en
dola al
madre l
en sus v
mimánd
desesper
horas d
pensar e
que el p
tento tra
pa de su
y un sil
ción de s
Francisc
amor ha
señor Ma
Compr

—Vaya
triste ni
de acost
có que n
moriré:

Y dicho
almacén,
en el rug

—¡Pos
he dao!

Y tras
nuó, á la
quisiera
meditaci

—Pos h
lo hago:
mi hora,
mí, sin v
mos temp

—Na, h
eso de m
como el c
andaban d
que él sier
y na... cu
chufas.

Ya, por
mos, habr
el señor L
se propusi
apoyo que

pasa, que pa pagarle á los *Quemaos* de Antequera tuve que pellizcar á lo del *Molinero*, y como ahora me dice el *gachó* que pa fin de año necesita lo suyo, pos es natural, tendré que dejar la casa en cruz y en cuadro, y aún aún no sé yo si podré arrejuntar pa pagarle lo que le debo.

Angeles estaba intensamente pálida; las palabras de su padre habían turbado profundamente su espíritu; no podía ella olvidar que su padre había servido también de madre; no podía dar al olvido las noches que el viejo pasara en vela, primero junto á su cuna, durmiéndola al arrullo de los mismos cantos con que su madre la durmiera, y después junto á su lecho, en sus varias penosas enfermedades, velándola, mimándola, acariciándola; recordó su sombría desesperación, sus mal velados llantos en las horas de peligro, y recordando todo esto y al pensar en que sería una crueldad consentir en que el pobre viejo tuviese que ir á ganar el sustento trabajando como un peón en la última etapa de su existencia, sintió flaquear sus energías y un silencio angustioso y la dolorosa contracción de su semblante delató á los ojos del señor Francisco la batalla que libraban en su pecho el amor hacia él y el que le inspirase el hijo del señor Marcelino el albardonero.

Comprendió esto el *Acemite*, y

—Vaya, por tu salucita que no te me pongas triste ni cavilosa—la dijo—, que yo estoy la mar de acostumbrao al trabajo, y no seré yo el único que nació pa trabajar y que murió como yo moriré: agarrao á los manojos.

Y dicho esto salió de la estancia, y ya en el almacén, murmuró con la perplejidad retratada en el rugoso semblante:

—¡Pos no me ha dao pena el mal rato que la he dao!

Y tras algunos instantes de meditación, continuó, á la vez que sacudía la cabeza, como si quisiera ahuyentar de aquel modo sus hondas meditaciones:

—Pos hay que tener piernas, que por su bien lo hago; que no quiero yo, cuando me llegue mi hora, tener que dejarla como me dejaron á mí, sin velas bastantes con que capear tantísimos temporales.

VII

—Na, hombre, lo que yo le dije á usted, que eso de mi Angeles con el *Niño* no es naifa; que como el chaval la conoce dende cuasi cuando andaban dambos á gata, pos lo que es naturá, que él siempre que pasa le dice cuatro *chufas*, y na... cuatro *chufas* y na más que cuatro *chufas*.

Ya, por lo que en el capítulo anterior decíamos, habrán comprendido nuestros lectores que el señor Luis no había dejado de hacer lo que se propusiera, solicitando el apoyo del *Acemite*, apoyo que éste, como era de esperar, se apre-

suró á concederle, procurando disimular su regocijo.

Sintió el *Cancela* que se le estremecía el corazón de gozo al ver la buena acogida que el viejo dispensaba á sus pretensiones; pero acordándose de los signos de inteligencia que viera mediar entre Angeles y el para él aún desconocido,

—Yo le agradezco á usted, dende la raíz á la pámpana—dijo al señor Francisco—, la postura en que usted se ha puesto pa conmigo; pero como yo soy hombre al que no le gustan los atajos, y como, además, yo soy de los que no se ciegan nunca del tó, yo quisiera que usted se enterara de si Angeles está encariñaila con algún chavalete, lo cual no tendría naifa de particular...

—¡Calle usted, hombre, calle usted!—exclamó interrumpiéndole el señor Francisco—. Ya sé yo por qué me dice usted eso; seguramente me lo dice usted porque habrá usted visto zanganear alreor de mi Angeles un chavalete que no vale ni lo que arrulla un palomo.

—Güeno; pos, á pesar de eso, yo quisiera...

—Usted no conoce á mi hija—exclamó en actitud casi solemne el *Acemite*.

Y ante esto optó por callar el *Molinero*, aunque es lo cierto que, al separarse de aquél, iba murmurando sordamente:

—¡Camará y qué seguridad la del señor Francisco! Pos ni que tuviera á su hija pegá, por dentro, á la tapa del remontuá, sin saber que, en lo que toca á ese serseo, nunca se sabe la hora que es; no digo cuando ya están vestías de largo, sino cuando entoavía están tomando la dentición.

Dados los primeros pasos por el señor Francisco cerca de su hija, al reunirse al siguiente día con el *Molinero* en el café y decirle las palabras con que encabezamos el presente capítulo

—Pos no sabe usted—repúsole el señor Luis, sin que su semblante reflejara el gozo que delataba sus palabras—el alegrón que me acaba usted de meter en el cuerpo.

Y después:

—Entonces, ¿usted cree que ya me pueo arriamar á ella sin tener que temer que me dé un *sofión* y que me deje con los palos en la mano?—le preguntó.

El señor Frasquito vaciló un punto, echóse el *pavero* sobre la frente, ó, mejor dicho, sobre la nariz, rascóse con extraño ahinco el vértice occipital y

—Pos mire usted—contestó al *Cancela*, colocándose el *pavero* en debido lugar y procurando endulzar con una sonrisa zalamera sus palabras—, pa mí que lo púee usted facer ahorita mismo; pero, salvo lo que usted diga, creo yo que sería mejor que dejara usted pasar un par de días, porque como la probetica no está acostumbrá á platicar con ningún hombre en ese terreno... ¡pos velay usted!

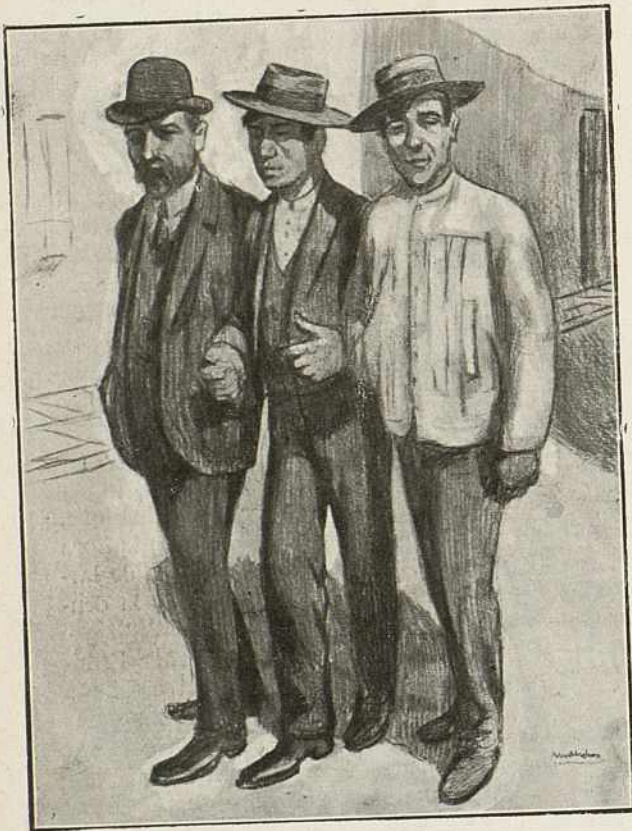
No quedó tampoco esta vez muy convencido el jerezano; pero disimulando su contrariedad

—Está bien—dijo—; se hará como usted dice y cuando usted lo disponga.

Cuando regresó á su casa el señor Francisco, le preguntó su hija cuando aquél ya se disponía á meterse en su aposento:

—Entonces, ¿usted cree que ese hombre, si yo no consiento en casarme con él, cuando llegue la hora lo pasará á usted á cuchillo?

El señor Francisco volvió á sentir que su conciencia le decía algo poco agradable, al notar las huellas del llanto en los ojos de su hija; pero se acordó de nuevo de los cortijos de *Cancela* y



volvió á pensar en que el *Niño*, no obstante llevar ya dos años de pelea, no había conseguido triunfo ninguno y

—Eso por desconfío—repuso á su hija—; no porque el hombre sea un lobo, sino porque no tendría más remedio; porque es que él ha dío dejándome esos ineros como quien los jecha en una arcancia pa pagar lo que gastó en poner el molino de aceite en su cortijo «La Esmeralda», y como si yo no le diese lo suyo, tendría que hipotecar una finca cualquiera, y una campaná asín sería una ruina pa él; pos es naturá, manque él no me pasara á cuchillo, yo no podría consentir en que un hombre que ha puesto en mí su confianza, juera por mó de mí á la ruina, y si no á la ruina, al escándalo; y antes de consentir en eso, vendo yo jasta las elástica y que endispues sea de mí lo que Dios quiera.

—Pero ¿es que casándome yo con él no tendría que pagar lo del molino?

—Eso es mu diferente—dijo algo desconcertado el viejo—; porque es que entonces sería de la familia, y manque yo lo vendiera tó pa pagarle, él endispues volvería á mandarme géneros jasta que yo me entangarillara otra vez.

—Entonces, ¿es que no hay más remedio?

—¡Pos no ha de haber remedio! ¡Pos de juro que sí!—exclamó con enérgica expresión el *Ace-mite*—. ¿Pos no te he dicho ya que yo, antes de sacrificarte, consiento en que me jagan virtutas? Lo que tú tiées que jacer es no pensar más en eso. ¿Cómo te voy yo á sacrificar tan y mientras me dé Dios fuerzas pa ganar con que sostenerme y sostener la prenda que yo más quiero?

—No, eso no, eso no pueo yo consentirlo, y tan no lo pueo consentir, que mañana mismo púee usted decirle al señor Luis que estoy dispuesta á casarme con él en cuanto usted lo disponga.

Sintió el viejo que se le estremecían de paternal amor y de gratitud las entrañas, y un punto volvió á sentir la inexorable voz de su conciencia y tal vez en aquel momento hubiera concluido por hacer lo que su conciencia le decía, si Angeles hubiera dejado correr delante de él sus lágrimas.

Pero Angeles, al sentirse impotente para contenerlas, salió rápida de la habitación, y dirigiéndose á su dormitorio, hundió, al llegar á él, el bellissimo semblante en las blanquísimas almohadas del lecho y exclamó sollozante, evocando la sombra del único ser que hubiérala podido defender y consolarla en su hondísimo quebranto:

—¡Ay, madrecita mía! ¡Ay, madrecita de mi corazón, y qué penita más grande!

VIII

De bote en bote estaba el cafetín «La Bohemia», que el lugar donde está situado y la baratura de los géneros que en él se expenden hanlo convertido en punto de reunión de toda la gente de pocos haberes y aficionada al arte de *Pepe-Hillo*.

Algunos mecheros de gas iluminaban el reducido establecimiento, en uno de cuyos ángulos gritaba Perico el *Tableta*, metiéndole un puño por el delicado semblante á Joseito el *Tarugo*.

—Lo que yo te digo á ti, y te lo digo aquí y allí, en los cinco puntos cardinales.

—Mia que me parece que te has corrió—dijo, interrumpiéndole zumbonamente, el *Pollo del Ombliquero*.

—Lo mismo da; los que sean—rugió, más que exclamó, el *Tableta*—y lo que yo te digo—continuó encarándose de nuevo con el *Tarugo*—es que el *Catite* es el torero de más tripa y de más pequi y de más calzones y...

—Y de más calcetines—murmuró el del *Ombliquero*, que abrillantábase los tufos con saliva á falta de mejor cosmético.

—Pos, sí, señó, y de más calcetines de tos los que saben aonde les aprieta el zapato.

—Güeno—dijo el *Tarugo* á la vez que se colocaba detrás de la oreja la punta de un cigarro—;

pero si t
que no
ca vez q

—Eso
los pulpe
á Vicente
cente la

En aqu
dirigió h
coleta, D
cucho, de
de nariz
cuidadosa
traje gris
corvas, y
inclinado
algo disc
Avanzó
actitud, en
izquierda
de un cig
aquellos

—Caball
nora, incli

Todos l
una á mod

—¿De q
gado desp
que acaba

—Pos ná
bros—, qu

vista al T
más de pu

Don Poli
próxima, s

riadísimas
forma de

en la sisa,
camente lo

la relucient
una postren

grave á la
damente en

—Un tor
pleto, hoy

uno que se

que conocí

de tratar al

quitarle al
su valentía

Bomba su c

—¿Su cla
Policarpo.

En aquel
aire abatid

Rocio y

—¡Hombre
alegremente

compañero.
—Hola, An

do afectuos
la mesa hab
ala del somb

pero si tú ices eso, lo ices por agraciao que eres, que no púes tú olvidar que te daba una *torda* ca vez que le embetunabas los botillos.

—Eso no es razón—exclamó el *Quiqui*—, que los pulpejos me duelen á mí de embetunárseles á Vicente, y no por eso voy á dicir que tiée Vicente la boca como una tumbaga.

En aquel momento penetró en el cafetin y se dirigió hacia el grupo que formaba la gente de coleta, Don Policarpo, un casi sesentón, alto, flacucho, de grandes facciones de correcto lineal, de nariz arqueada y algo torcida, todo afeitado cuidadosamente y holgando todo él en amplio traje gris, cuya cazadora golpeábale casi en las corvas, y luciendo suelta chalina de seda y algo inclinado sobre la sien un hongo de un negror ya algo discutible y de forma algo anticuada.

Avanzó Don Policarpo con grave y reposada actitud, en la sisa del chaleco el pulgar de la mano izquierda y en la boca la masculladísima punta de un cigarro, y llegado que hubo donde estaban aquellos

—Caballeros, buenas noches—dijo con voz sonora, inclinando levemente la cabeza.

Todos los allí reunidos acogieron su saludo con una á modo de explosión de palabras cariñosas, y

—¿De qué se trataba?—preguntó el recién llegado después de ocupar el lugar de preferencia, que acababa de cederle galantemente el *Repelote*.

—Pos ná—dijo el *Tarugo* encogiéndose de hombros—, que éste—y al decir éste señalaba con la vista al *Tableta*—dice que el *Catite* es el torero más de punta de toíta España.

Don Policarpo colocó el hongo sobre una silla próxima, se retrepó en la suya, cruzó las descariadísimas piernas, haciendo ondular la libre en forma de péndulo, volvió á colocarse el pulgar en la sisa, dedicóse á distribuir, sabia y artísticamente los catorce pelos que aún poseía sobre la reluciente bóveda craneana, arrancó al chicote una postrera bocanada de humo y dijo con acento grave á la vez que su mirada posábase distraídamente en la techumbre:

—Un torero, lo que se llama un torero completo, hoy no se encuentra, porque para formar uno que se pareciera al más chico de aquellos que conocí y algunos de los cuales tuve el gusto de tratar allá en mis verdes años, se necesitaría quitarle al *Gallo* su arte y su finura, al *Machaco* su valentía, á Pastor su manera de entrar, al *Bomba* su clarividencia.

—¿Su clari... qué?—preguntó el *Quiqui* á Don Policarpo.

En aquel momento penetró en el cafetin con aire abatido y los ojos centelleantes el del *Rocio* y

—¡Hombre, ya está aquí Antonio!—exclamó alegremente el *Repelote* avanzando hacia su compañero.

—Hola, Antoñillo—dijo Don Policarpo sonriendo afectuoso al *Niño*, el cual, al aproximarse á la mesa habíase llevado cortésmente la mano al ala del sombrero.

Hizo aquél que se sentara junto á él el recién llegado, y al notar lo sombrío de su aspecto

—¿Qué es lo que á ti te pasa esta noche?—le preguntó.

—Ná, que vengo de recibir una corná en mitá de la tablita del pecho.

—¿Has hablao por fin con Angeles?—le preguntó en voz baja el *Repelote*.

—Sí—le repuso, casi más que con la voz con los ojos el *Niño*.

—¿Y qué?

—¡No te digo! Una puñalá que me ha jecho porvo.

—¿Cuestión de jarapos?—preguntó al *Niño*, también disimuladamente, Don Policarpo.

—Sí, señó, de jarapos; y si usté quiere, ahora nos iremos á «La Plata» á bebenos una de la *Pastora*, y á que yo le cuente á usté lo que me pasa, porque es que yo necesito que me aconseje usté; porque es que si usté no me saca en luz, lo que es de ésta escapo yo con el corazón jechito mantequilla de cacao.

Y el del *Rocio*, al notar que sus amigos empezaban á prestar atención á sus palabras, enmudeció á la vez que hacía un signo de inteligencia al *Repelote* y á Don Policarpo, el cual, momentos después, levantábase diciendo y dirigiéndose al *Niño* y al primer banderillero de éste:

—Pues vámonos nosotros, con permiso de estos señores, á ver si podemos arreglar lo de la contrata de Sevilla.

IX

Una hora después, sentados nuestros amigos alrededor de una de las mesas situadas en uno de los lugares más apartados de «La Plata», y después de haber apurado algunos *crístales* del solera más exquisito

—Conque vamos á ver—dijo Don Policarpo dirigiéndose á Antonio—si nos cuentas esa cosa tan grande que te pasa.

El *Niño*, que rabiaba por dar expansión á su pena y á su ira, exclamó, no sin dejar escapar previamente un resonante suspiro:

—Pos sí, señor, que se lo voy á contar á usté, porque es que si no se lo cuento doy un estallio, porque es que lo que á mí me pasa no le pasa á nadie, porque es que yo soy más esgraciaito que toito er mundo...

—¿Pero se puede saber qué es lo que te ocurre?—le preguntó ya impaciente Don Policarpo.

—Pues allá voy; usté póngase en mi lugar y supóngase que usté se prenda de una *gachí* que es toito un pasmo, que es toíta una maravilla.

—Sí, eso ya lo sabemos, hombre; ya sabemos que estás prendado de la hija del señor Frasquito el *Acemite*.

—Güeno; pos supóngase usté que yo, que vivía más alegre que un repique, recibo hoy mismo un recaio urgente de la que es pa mí el sol y la luna que me están echando agua que bebo y el aire que

respiro, y que al llegar á cá de Mariquita, que era aonde ella me había citao, me la encuentro jechita una *Madalena*, y que al preguntarle yo que por qué llora me dice que porque'sa menester que se acaben nuestros quereles, que ella tie que jechar por otro camino, y usté supóngase, supónganse ustedes lo que á mi me pasaría por el cuerpo oyéndola; porque es que vo me queé mortal, y como ella vió que me diba á caer reondo ar suelo de las *ducas* de muerte que me dieron, pos de pronto se arrima á mí, me coge dambas manos, se me quea mirando como si quisiera que su alma se le saliera por los ojos pa metérmela en la mía y que jace como si me fuera á decir algo, y que de pronto da un revoloteón y se sale de estampía de la sala y que se mete en la alcala de Mariquita y que se encierra en ella por dentro y ná, que no volvió á salir y que me dejó á solas jasta que llegó el marío de Mariquita Maldonado.

—¿Y no le preguntaste tú nada á Mariquita?

—¡Pos de juro que sí! Y ella fué la que me dió alguna luz, y según he podío yo sacar en claro de lo que Mariquita me dijo, pos resurta que el padre de Angeles le debe un ojo de la cara á un tal señor Luis Cancela, de Jerez, uno que dende jace unos dias viée dándole *coba* á su hija, y como el señor Luis, según parece, le ha dicho al viejo que quíee casarse á rata batía con la mi Angeles, y como el viejo no tiée con qué pagarle lo que le debe al jerezano, pos es naturá, ha visto el hombre el cielo abierto y ha puesto á mi Angeles entre la espá y la paré, y como el mú malita sangre le ha dicho que si le dice que no al *Cancela*, el *Cancela* lo pasará á cuchillo y tendrá él que dir á dar un peón pa ganar un peazo de pan; pos velay usté...

—¡Camará, y qué cosa con más mal bajío!—murmuró sombríamente el *Repelote*.

—Sí que lo tiée—exclamó el *Niño*—; pero es que ese señó Luis está la mar de dequívocao; porque es que yo no consiento en que á mi me quiten la alegría de mis ojos, y antes de que me la quiten, lo que es á ese mal ange le dejo yo el talle más fino que un canutero.

—¿Ese señor Luis Cancela es un rico de la campiña jerezana al que le dicen el *Molinero*?—preguntó al del *Rocio*, con expresión meditabunda, Don Policarpo.

—Sí, señó, que así lo llaman, el *Molinero*.

—¿Y dices tú que Angeles lloraba de verdá cuando te dió esa noticia?

—Jechita un mar de lágrimas me lo dijo, pero que jechita un mar de lágrimas.

—Y oye tú, ¿qué hay de lo de la contrata de Sevilla?

El *Niño* miró con expresión de asombro á Don Policarpo por tan inesperada pregunta, y

—Pos de eso no hay ná—le repuso, encogiéndose de hombros—, porque es que yo no he contestao entoaavía, porque como no quíee dar cuasi naíta el empresario, y el viaje y la fonda de los

muchachos y míos cuesta un puñao de *par-neses*...

—¿Cuánto te ha ofrecido el empresario?

—Treinta *chuscos*, y tós ellos sevillanos.

—¿Y cuánto te hace falta para cubrir los gastos?

—Pos unos veinte más, por lo menos—le contestó el *Niño*, que no podía disimular el mal efecto que aquellas preguntas le producían.

—Pues, mira, como eso de Sevilla puede ser para ti la carta decisiva, que por eso le escribí yo con tanto ahinco al empresario para que te contratara, y como yo creo que si tú peleas de verdá en Sevilla vas á subir como la espuma, es menester buscar esos dineros.

—¿Y usté cree que yo ya no los he buscao? Yo ya los he buscao; pero como mi padre dice que pa que yo toree no los busca, porque dice que si tengo una cogia va á ser la mar lo que le va á remorder la conciencia...

Suspiró Don Policarpo, recordando, sin duda, tiempos mejores y

—Pues no te apures más—le dijo—, que tengo yo tal confianza en ti, que yo los buscaré, porque es preciso que tú vayas á Sevilla.

—No, usté buscarlos, no—exclamó en son de agrededida protesta el del *Rocio*.

—Lo que te digo, y tú á callar; yo te daré ese dinero y además yo veré al señor Luis, al que conocí hace ya muchos años, y va veré, hombre, ya veré si puedo ayudarte yo en esa mala chapuza.

—¿Y cómo podré yo nunca pagarle á usté lo que usté jace por mí?—dijo el *Niño* con acento conmovido.

—Pues me lo puedes pagar portándote en Sevilla como yo deseo que te portes y como tú te puedes portar, que si lo haces así, ten tú la seguridad que va á haber tiros por ser tu apoderado, por más que yo creo que esa plaza será para mí.

Y al decir esto sonreía Don Policarpo al *Niño*, el cual le repuso con acento vehemente:

—Qué más quisiera yo que llegar á merecer algún día el que usté se conformara á ser el apoderado de mi probética persona.

X

Don Policarpo no tardó mucho en dar comienzo á sus gestiones, y enterado de las horas á que solía el de la campiña jerezana ir á tomar el café al Imperial, dejóse caer por el popular establecimiento una tarde, y, fingiéndose sorprendido al verle, acercóse á la mesa que aquél llenaba con su arrogante figura, y...

—¿Usté por aquí?—le dijo tendiéndole efusivamente la mano.

—Hola, Don Policarpo—repúsole el señor Luis poniendo una mal disimulada mirada de extrañeza al algo deslustrado terno del un día uno de

los más ternes y atildados de la gente macarena y adinerada.

—Síntese usted y jágame usted el orsequio de tomar lo que más sea de su gusto.

—Tomar, no, porque acabo de tomar el café en casa de Ponce; pero le daré á usted un ratillo de compañía.

La conversación mariposeó durante un cuarto de hora alrededor de asuntos generales, hasta

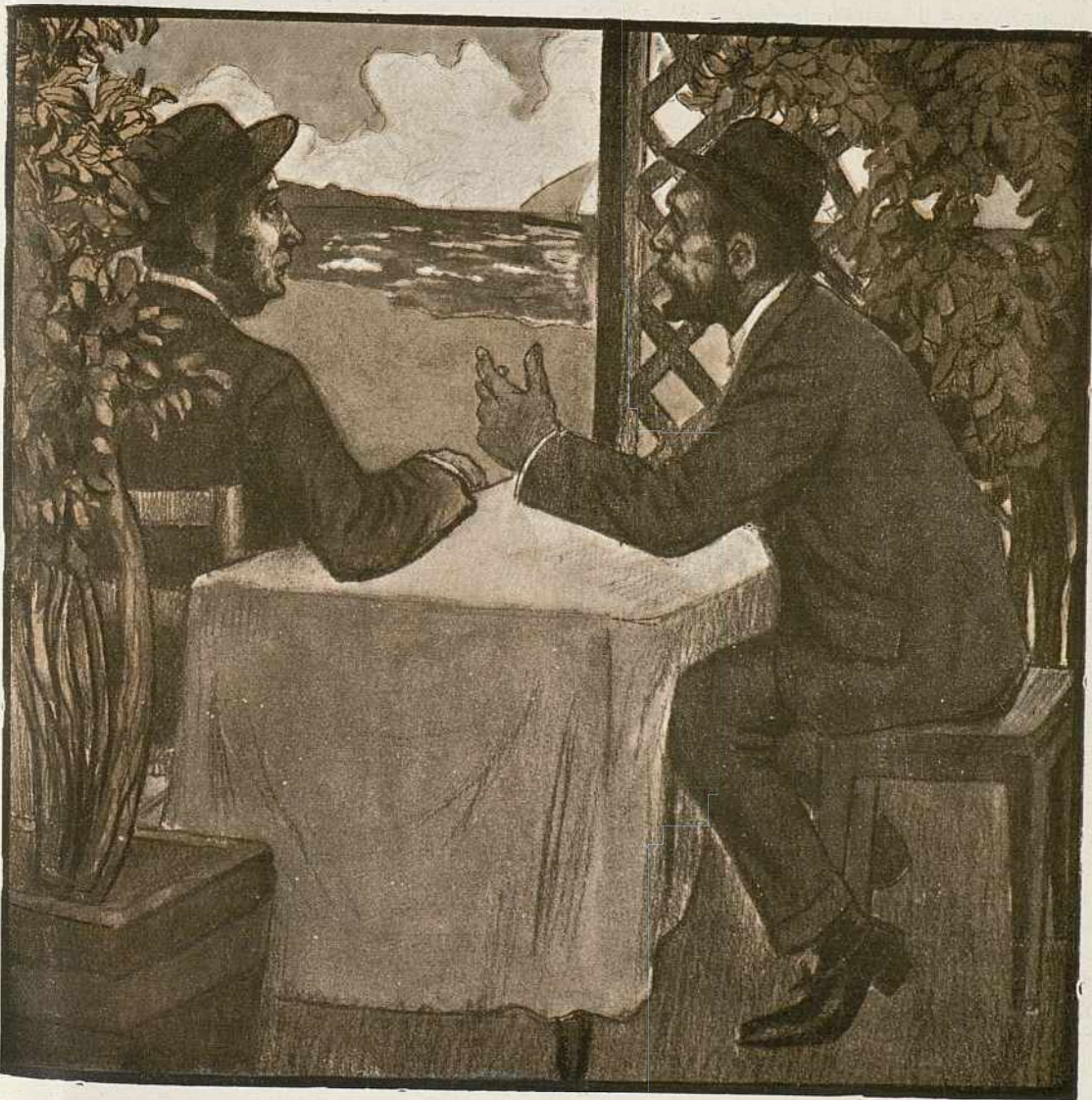
nos pusieran una bizma, y yo supongo que estará usted conforme con lo que yo digo.

Sonrió con las de Cain el *Molinero* y

—Sí, la verdá es que ya está uno algo más peor que cuando lo echó á uno su madre al mundo.

—¡Algo más peor! Por vida de... Ya veo que usted todavía se hace ilusiones y cree que...

—Hombre, no es que yo crea ná—exclamó con



que, hábilmente encarrilada por Don Policarpo, encontró éste pretexto para decir á aquél con acento sentencioso:

—Lo que le digo á usted: que esta es la edad peor de todas, porque es que, desde los cuarenta, los años corren como rieles engrasados, y á los cincuenta, ya no hay más remedio que tocar á retreta, sobre todo en lo que más nos gusta; porque es que á esta edad y con la cara ya sin barniz y los ojos sin candela y con cada pata de gallo que es un sótano, ya no hay mujer que nos mire de verdá, como nos miraban cuando podíamos cimbrar el talle, sin necesidad de que

voz ligeramente irritada *Cancela*—, ni que yo me piense que yo esté dando capullos; pero es que yo creo que un hombre á los cincuenta años, si tiée buena salú y nunca ha sío mal pareció del tó...

—Mire usted, amigo *Cancela*; lo que yo le digo á usted es que, en lo que respecta al gremio de chaponas, estamos perdíos, pero que perdiíos del tó.

—Entonces, ¿usted cree que un hombre á los cincuenta años no puede ya casarse ni jaser naíta de provecho?

—¡Poder ya lo creo que sí! Lo mismo que pue-

de darse un puñalada en la carótida ó beberse una botella de veneno... ¿pero es que usted está pensando en casarse?

—Hombre, pos supóngase usted que lo estuviera pensando.

—Hombre, le diré: usted es un hombre más solo que un pitón en un camino, y además, es usted hombre con mucho mundo y con mucho *pesqui*, y si algún día se embarcara usted, pues estoy seguro, segurísimo, que lo haría usted como Dios manda á nuestra edad; es decir, con una mujer que ya supiera por propia experiencia lo que ni nosotros sabemos; pero lo que á mí me parece mal es lo que hacen otros pobres que deben tener menos sesos que un mosquito; lo que hizo, pongo por caso, hace cosa de dos meses, el señor Eduardo el de la carnicería de Puerto Parejo, que teniendo, como tiene, sus cincuenta muy largos de talle, pues se casó el hombre con Lolita, la hija de la *Pinceles*, una chavallita que acababa de cumplir los diez y ocho; porque es lo que le decía yo, que le decía que dentro de diez, él tendrá, si es que ha podido resistir el oleaje, sus sesenta y dos; es decir, que para levantar un *pinrel* necesitará casi una grúa, y ella tendrá veintisiete, ¡veintisiete años!, ¡v más bonita que un cromol, y con un marido que se pasará la mañana expectorando y el día preparándose para expectorar, y con siete mil millones de milanos que habrá, todos ellos graciosos y pintureros, rondando á la paloma, y yo sé, hombre, yo sé cómo tienen siempre que concluir esos pícaros desatinos.

El sudor, un sudor angustioso, empezaba á inundar la frente de *Cancela*; las palabras de Don Policarpo caían en su pecho á modo de golpes de martillo; sin duda, Don Policarpo estaba enterado de sus proyectos, y al llegar al café habíalo hecho, sin duda, con el deliberado propósito de darle un mal rato, diciéndole un puñado de verdades; esto irritó sordamente á nuestro buen mozo, el cual, dispuesto á despejar la incógnita,

—Mire usted, Don Policarpo—dijo á éste procurando disimular su ira—, platicando en plata, eso que me está usted diciendo, ¿me lo está usted diciendo por casualidad ó me lo está usted diciendo con todas las de la ley?

Don Policarpo, que no esperaba aquella salida, desconcertóse un tanto, y juzgando más digno de su seriedad echar por la carretera

—Pues mire usted—le repuso—, como usted es hombre de corazón y de entendimiento, le voy á poner á usted las cartas boca arriba diciéndole que es verdad, que he venido á tiro hecho, á hacerle á usted abrir los ojos antes de que la cosa no tenga remedio.

—Me lo sospeché—murmuró con voz sorda el señor Luis, en cuyo semblante se reflejaba la perplejidad que enseñoreábase de su espíritu—, y me lo sospeché porque pa mí que usted, por su afición á tó lo que se relaciona con el toreo, tié que ser amigo del *Niño del Rocío*, y que esta es

la causa de que usted me haiga jecho beber un traguito tan amargo.

—Pues sí, señor; soy amigo del *Niño*, al que le tengo mucha voluntad; pero también lo soy de usted, como también lo soy de todos los hombres que como usted se lo merecen, y la verdad es que al enterarme de lo que ocurría y al ver que andaba usted una chispitilla despistao...

—Mire usted—dijo el *Molinero* sonriendo ya más francamente—, platicándole á usted con el corazón en la mano, cuasi me alegro de que me haiga usted tirao de la lengua, y como quiero yo platicar con usted largo y tendío de este asunto, ahora mismito nos vamos á dir á *Cinco Minutos* á despenar una sopa de rape y lo que el cuerpo mos pía, y tan y mientras y entre bocao y bocao, yo le contaré á usted cómo se han rodeao las cosas, y veremos á ver, cuando arrematemos de platicar, á dónde pongo yo la proa de mi barquito velero.

Y al día siguiente de este en que Don Policarpo y el señor Luis llevaron á efecto en *Cinco Minutos* el programa del último, en uno de los cenadores del famoso ventorrillo, rodeado de enredaderas y campanillas azules, bañados en luz y contemplando desde donde estaban el mar inmóvil y resplandeciente, sobre cuyo terso cristal parecían dormitar las gaviotas á modo de diminutas góndolas de marfil, y las barcas de pesca daban á la blanda brisa la blanca lona de sus latinas velas; al día siguiente—repetimos—izaba el ancla el *Molinero* con rumbo á sus lares y decíale Don Policarpo al del *Rocío*, al encontrarse con él en «La Bohemia», y con acento afectuoso:

—Veremos á ver, hombre, veremos á ver si consigo yo echarle un respunte á eso que se ha roto y que tantísimo es lo que te duele; pero ve alegrando una miajita esa cara, que me está dando el corazón que, como dice la copla,

«voy á coger una estrella
y á ponértela en la mano.»

XI

Sentada Angeles en su aposento, con el bellísimo rostro contraído y como preñados de lágrimas los dulces y dolientes ojos, entreteníase en contemplar con los ojos de su espíritu el triste arenal de sus ilusiones muertas y en remover la seca hojarasca de sus pasadas alegrías, y un estremecimiento recorría su cuerpo al pensar que aquella noche iría el señor Luis, no á charlar un rato de cosas pueriles como antes, sino, como en su carta decíale al señor Francisco, á deslindar ya de una vez los terrenos y á poner los puntos sobre las íes.

A esta profunda inquietud uníase el desencanto que produjera en su corazón enamorado el comportamiento del *Niño*; éste habíase resig-

nado con extraña mansedumbre á perder su cariño, abandonándola del todo en instantes tan supremos y marchándose á Sevilla muchos días antes de que tuviese necesidad de ir, puesto que, hasta este día en que volvemos á sacar á escena á nuestros protagonistas, no tenía que torear en el redondel sevillano.

Esta actitud indiferente del único hombre que había logrado hacer vibrar en su alma el misterioso y dulcísimo cordaje del amor, del que había llenado sus sueños de divinos ensueños, del que, no obstante su mala partida, no se apartaba un punto de su imaginación, de aquel mozo gallardo, airoso, con la primavera en el semblante y la aurora en su mirar apasionado, y al que ella antojábasele ver engalanado con traje de raso y oro en mitad de la plaza, herido por los rayos del sol, luchando ágil y lleno de airesidades y bravura contra la fiera, y aplaudido y victoreado locamente por las muchedumbres; la actitud inesperada y casi desdeñosa de este hombre habíala herido en su corazón, y al recordarlo en el momento en que la presentamos á los que nos leen, no dos lágrimas, sino dos brillantes, oscilaron en sus sedosas pestañas un punto y rodaron por sus mejillas, y

—¡Madrecita mía!—murmuró alzando los ojos al retrato de ésta, que se enseñoreaba de una de las paredes de la habitación, y que á ella se le antojaba que ponía en ella sus ojos en expresión de maternal ternura y de piedad infinita.

La voz de Angeles, doliente y reconcentrada, que era súplica fervorosa y queja sentidísima, llegó á oídos del *Acemite*, que había llegado con paso sigiloso al dintel de la habitación, y al oír la voz de ésta, al ver la más profunda amargura reflejada en su rostro, una también profunda zozobra volvió á apoderarse de su alma; ya hacía tiempo que empezaba á sentirse irresoluto; el constante llorar, la demacración, el hondo abatimiento de su hija y, á la vez, la resignación con que iba al sacrificio, hacíanle sentir más y más las á modo de sordas rebeliones de su conciencia, y

—¡Si estaré yo dequívoco! Si en lugar de haber tomao por el mejor habré tomao por el peor de los caminos—solía preguntarse en sus solitarios monólogos—; si en lugar de llevar á mi Angeles hacia su felicidad estaré repujándola hacia un despeñadero.

Cuando aquel día recibió carta del señor Luis participándole su regreso y anunciándole que aquella noche iría en compañía de un amigo que tenía gran interés en conocerle á solucionar ya de una vez el asunto que tanto preocupaba á ambos, en lugar de sentirse complacido, lo que sintió fué que una punzante inquietud se enseñoreaba de su ser, y cuando hubo leído la carta á Angeles y vió demudársele á ésta el semblante y apoyarse en uno de los muebles como si temiera caer al suelo,

—Mira, Angeles—le dijo, rodeándola la cintura con el brazo—; mira que entoaavía estamos á

tiempo; mira que yo no quiero sacrificarte á ti.

—No, padre, no—repúsole aquélla procurando cerrar el paso á las lágrimas que subían á sus ojos en irresistible oleada.

Y cuando media hora después, deseoso de insistir en lo mismo, llegó con paso sigiloso al umbral de su habitación y oyó la voz dolorida de la muchacha al invocar á la que ya no podía acudir en su ayuda, se sintió vencido el viejo, y dirigiéndose rápido y con paso furtivo de nuevo al almacén, sentóse delante de la mesa que él calificaba de escritorio, cogió la pluma, que mojó con mano temblorosa, y escribió en una de las hojas de papel timbrado que le servían para su correspondencia mercantil y en caracteres casi cúficos y con una ortografía digna de pasar á la posteridad, y la cual no queremos que dejen de admirar nuestros lectores:

SR. D. LUIS CANSELA EL MOLINERO.

Muy señor mío y buen amigo: Muncho le agradeceré no que deje de venir que en berle á usted tengo yo siempre mucho gusto, sino que cuando venga aluego no me platique usted na de lo que usted sabe elante de mi hija porque ésta está una miaja maluchilla y no está hoy pa estas cosas y además que me parese á mí que contra to el torrente de mi gusto no voy yo á poer consentir en lo que tan á gusto hubiera consentio si no me hubiera salio, cuando yo menos lo pensaba, la jaquita una mijita respondona.

De tos moos ya platicaremos y ya le diré yo á usted lo que pasa y cómo por no tener un corazón de corcho, que de corcho lo debiéramos tener, no boy á poder darme el gustazo de llamarle á usted más que el mejor de mis amigos como lo es de usted.

FRANCISCO CAÑAUERALE Y CAÑAUERALE,
EL ACEMITE

Una vez escrita la carta y firmada y rubricada, volvió á leerla, y satisfecho, sin duda, colocó el pliego en un sobre que pegó cuidadosamente, y después de escribir en él el nombre y apellido del ilustre jerezano, se dirigió decidido á la puerta de la calle y...

—Mire usted, señó Casimiro, ¿quiere usted hacerme un favor?—preguntó á un decano de la vida y maestro de obra prima en desgracia que trabajaba al lado de la puerta, sentado en una silla baja, delante de una mesilla abarrotada con los útiles del oficio y defendido del sol por una sombrilla encarnada, hábilmente sujeta á la silla desvencijada que le servía de asiento.

—¡Digo! pero que juyendo—repúsole el anciano mirándole por encima de las gafas y apresurándose á soltar el zapato que se empleaba en componer.

Enterado de lo que tenía que llevar á cabo, arrollóse el mandil á la cintura y...

—Conque dice usted que este caballero está parando en una fonda de la calle de Martínez.

—Sí, señó, en una fonda que le dicen la de los «Catorce Emperadores».

Cuando el señor Francisco vió volver la esquina de la calle al remendón, una profundísima inquietud se apoderó de repente del señor Frasquito; ¿sería aquella decisión una ligereza? ¿Sería una debilidad en lugar de ser un acto de cordura? ¿Qué diría el *Molinero*? ¿De qué le iban á servir todos los sacrificios realizados? ¿Qué porvenir le esperaba á Angeles casándose con el Niño? ¿No era aquello tirar por el balcón la bue-

fonda; porque tiée que ser mucha fonda una que se intitula la de los «Catorce Emperadores».

XII

Un silencio embarazoso siguió á los saludos y presentaciones; el *Molinero* miraba con expresión triste y amistosa al par á Angeles, que con los ojos como clavados en su falda, no podía disimular la congoja que angustiaba su pecho; el



na fortuna? ¿Podríasele presentar de nuevo un hombre como el señor Luis?

Todas estas preguntas se las hizo el *Acemite* en un solo instante, y reaccionando en él de golpe y porrazo sus paternos egoísmos, sintióse arrepentido del paso que acababa de dar, y lanzándose destocado á la calle, corrió, corrió desesperadamente, sin cuidarse de la curiosidad de los vecinos, que le miraran llenos de extrañeza, y, por fin, jadeante, sudoroso, amagado casi por una congestión y resollando desesperadamente, logró dar alcance al remendón, al que le dijo con acento entrecortado al par que lo detenía, sujetándole por un brazo:

—Deme, deme... usted ese papé y usted perdone el que lo haiga molestao.

El señor Casimiro hizo un gesto de resignación, y exclamó con voz desabrida:

—Pos mire usted, diba yo á jacer á gusto este mandao na más que por eso del tituilillo de la

señor Frasquito, adusto y silencioso, contemplaba á los visitantes con expresión interrogadora; Don Policarpo, con el eterno chicote en la boca, el pulgar en la sisa del chaleco y atusándose con la huesosa mano los ya citados catorce pelos con que intentaba enmascarar su implacable calvicie, miraba á Angeles con acariciadora ironía.

El señor Frasquito había intentado inútilmente evitar á Angeles aquel rato de suplicio; pero Don Policarpo, apenas había acabado de saludar á aquél, al serle presentado por el señor Luis, exclamó con acento persuasivo y dirigiéndose al *Acemite*:

—Tengo la mar de deseos de que me dispense usted el honor de presentarme á su hija.

No pudo aquél, como es natural, eludir tan cortés requerimiento, y ya todos sentados en la sala de recibo, al notar el embarazoso silencio que siguiera á las presentaciones, hizo un es-

da una
dores».

saludos
a expre-
que con
podía di-
echo; el

contempla-
rogadora;
n la boca,
tusándose
atorce pe-
implaca-
ariciadora

inútilmen-
dicio; pero

o de salu-
r el señor
y dirigién-

ne dispense

ija.

eludir tan

ados en la

fuerzo Don Policarpo por arrancar una última bocanada de humo al masculladísimo chicote y exclamó, dirigiéndose al señor Frasquito:

—Usted me tiene que perdonar el que haya suplicado á Don Luis que me presente á ustedes sin saber si esto pudiera ser ó no de su agrado; pero es que así me lo ha encargado mi representante Antonio Pacheco y Heredia, al que ustedes conocerán sin duda mejor por el *Niño del Rocío*.

A las palabras de Don Policarpo se estremeció Angeles, cuyas mejillas se cubrieron de vivos tonos carmíneos, y el señor Frasquito casi brincó en su asiento á la vez que ponía una mirada de asombro en el *Molinero*, el cual, comprendiendo que le llegaba el turno, sonrió de modo irónico y melancólico al par y dijo con voz reposada:

—Antes de continuar, conviene que yo le diga á ustedes que el señor—y al decir esto señalaba con la vista á Don Policarpo—es un buen amigo mío que me ha puesto al corriente de la buena voluntad que se tien Angeles y el del *Rocío*, y, además, ha jecho conmigo una verdadera obra de caridad jaciendo que me apee de mi burro, del pícaro burro en que nos solemos montar cuando ya en la cuesta abajo mos topamos de cerca con una cara como la que, en uno de sus arranques de rumbo, dió El que está arriba á esta niña, y en cuantito me enteré de lo que pasaba y mi amigo me ayudó á quitarme la venda y aflojó una miajita la calentura que yo tenía, pos la verdá, me sentí la mar de arrepentío de haberle proporcionao tan malos ratos á esta criatura, y en cuantito Don Policarpo me pidió que lo presentara á ustedes, pos es naturá, me faltó tiempo pa decirle que con más gusto que nadie.

Angeles miraba como entontecida á Cancela; las palabras de éste habian ido cayendo como gotas de un bálsamo maravilloso sobre su pecho dolorido; las de Don Policarpo habíánla hecho arrepentirse del juicio que formara de Antonio al interpretar tan torcidamente su silencio; durante aquellos días, Antonio había movido silenciosamente sus peones para dar la gran batalla; esta convicción hizo que, de pronto, el árbol de sus esperanzas, mustio y deshojado, se cubriera de repente de flores; una honda corriente de gozo circuló por sus venas, pero en aquel instante recordó que lo que era su felicidad era para su padre la ruina; creyó ver confirmada esta triste conjetura en el semblante contraído del *Acemite*, y éste volvió á entristecer sus ojos y á hacer desaparecer de ellos el luminoso centelleo que en ellos pusieran las frases del señor Luis y de Don Policarpo.

El señor Frasquito adivinó lo que pasaba en el espíritu de su hija y se conmovió; pero al mismo tiempo sentíase turbado por la rabia y el despecho que encendía en él el procedimiento del de Jerez y del apoderado del *Niño*; sin duda Don Policarpo era el que había manejado aquel

tenderete; pero el señor Luis no había procedido tampoco con la debida lealtad, y como al viejo dolíale como la mordedura de un lobo rabioso el que el señor Luis pensara que hacíale sufrir una dolorosa decepción con su proceder, exclamó dirigiéndose á éste y con voz, al parecer, tranquila:

—Pos crea usted que estoy lamentando con toas las veritas de mi alma no haber tenío con quién mandarle á usted esta carta, que no estaría de más que usted la leyera.

Y diciendo esto, sacó la que rescatare de las manos del maestro de obra prima y se la entregó al jerezano, el cual, después de leerla, se la devolvió á aquél, diciéndole con voz en que delatábase una ligera mortificación:

—Pos mire usted, una lástima es que no la haya yo leío á tiempo, porque le hubiera ajorrao á usted algunas molestias, por más que de tós mós tenía que presentarle á ustedes á mi amigo Don Policarpo, que tiée que platicar con ustedes de algo que á dambos nos interesa.

—¿Y qué es lo que tiée usted que dicirme, Don Policarpo?

—Pues lo que yo tenía y tengo que decir á usted—repúsóle el viejo protector de las gentes de coleta—es que el *Niño del Rocío*, al que tengo el gusto de representar, me ruega pida á usted, sin que esto sea obstáculo para que se la pida á usted de modo más oficial el señor Marcelino mañana ó pasado, la mano de la niña más bonita y más buena que he visto en los quince ó veinte días que llevo de dar volteretas en este pícaro mundo.

El *Acemite*, que había escuchado á Don Policarpo, sonriendo con expresión sarcástica

—¿Y cree usted—le preguntó cuando aquél hubo puesto fin á sus palabras—que me he pasao yo la vía mirándome en la que es pa mí siete veces más que la vía, pa que aluego venga el primero que se la trompieze en el camino y me la pía como quien pía dos onzas de bizcochos mostachones?

Don Policarpo, que había escuchado impasible al viejo,

—Cuando yo he aceptado—dijo con voz reposada—una misión tan delicada, es porque estoy persuadido de que mi representante es un hombre digno y una persona decente.

—Es que no basta eso—refunfuñó malhumorado el *Acemite*—; es que con dambas cosas que usted dice ni se puée poner el puchero ni se alian las aceitunas.

—Pero sí se arreglan ambas cosas cuando, además de ser lo que he dicho, ese hombre tiene riñones y arte y ambición; y ya sabe usted que de novillero á matador de cartel, teniendo habilidad y corazón, no hay más que un paso.

—Sí, pero antes sa menester probar que no sólo por adorno se lleva una trenza por debajo del *pavero*.

Una sonrisa de triunfo se bosquejó de modo

casi imperceptible en los labios del protector del Niño, el cual, sacando del bolsillo interior de la amplísima americana algunos papeles, le repuso:

—Si usted me lo permite, voy á leer este telegrama del Niño que acabo de recibir, y que dice:

«Tres bichos; dos medias y una que bastaron; dos orejas; sacado en hombros; contratado misma plaza dos corridas más; mañana citándome contratista Ecija para contrato tres corridas. Loquito de contento. Abrázale, —Antonio.»

Angeles no podía evitar que el júbilo se desbordase en sus ojos en vivo centelleo y en sus labios en arrebatadoras sonrisas; el Acemite, que no podía dejar de defenderse, aunque tuviera que recurrir á las armas más pérfidas,

—Ese telegrama es del Niño, ¿verdá?—preguntó á Don Policarpo con voz zumbona.

Un relámpago alteró un punto el sereno mirar del apoderado del Niño y

—Este otro no es suyo—dijo friamente—; este es...

—¿Del Repelote?

—No, señor, que no es del Repelote, sino de un amigo mío, y uno de los aficionados más inteligentes de España, que me dice:

«El Niño, fenomenal, maravilloso; la afición, de gala; antes de tres meses tutearía, si resucitaran, á Montes y al Chiclanero.»

El señor Frasquito inclinó la cabeza, vencido, sin atreverse á seguir protestando, y

—Ahora lea usted este otro; pero ese es para que sea usted solito, usted y Angeles, los que lo lean.

El señor Frasquito lo tomó con mano temblorosa y leyó:

«Ruégole haga por ver á Angeles y procure decirle que por Dios, que se resista, que para fin de año tendré yo, si Dios quiere, para pagar todo lo que deba la persona que ella sabe.»

Y al concluir de leer esto, sintióse como avergonzado el viejo de su hostilidad hacia el torero

triumfante, y dijo con voz sorda, devolviéndole el telegrama á Don Policarpo, que se lo alargó á su vez á la muchacha:

—Pues puede usted decirle al Niño que si mi Angeles consiente...

—¡Que si yo consiento!—exclamó Angeles con voz trémula.

—¡Que si Angeles consiente!—repitió con acento irónico el Molinero.

Y después, dirigiéndose á la muchacha y tendiéndole la mano, le preguntó:

—¿Me perdona usted, Angeles, mi pícara calentura?

—No se lo había de perdonar, si yo pa usted no tengo más que agradecimiento.

—¿Y para mí, qué tiene usted?—le preguntó con voz zalamera Don Policarpo.

Angeles sonrió y repúsole, poniendo en sus labios la más dulce de sus sonrisas:

—Para usted el quinto altar, de los muy poquitos que tengo en el corazón, y el sexto pa el señor Luis.

—El quinto... el quinto...—refunfuñó Don Policarpo, fingiéndose no complacido del todo.

—No puée ser otro—dijo Angeles con expresión picaresca.

—Es que yo ajusto las cuentas y no me salen, y si no, vamos á ver: uno el señor Frasquito, otro el Niño, otro... Pues, señor, no caigo yo quién puede ocupar los otros altares.

—Pues otro, el recuerdo de la que más me quiso en el mundo.

—¡Ah, ya, sí; es muy justo!—dijo el señor Luis—. Pero ¿y el otro?

—El otro... la primerita, la única que me ha consolao en mis duquitas de muerte... la que tengo en mi relicario... la que me ha concedido, por fin, lo que tanto la he pedido.

Y al decir esto Angeles, sacó de su pecho su relicario de plata y puso un beso apasionado en la imagen de la Santa Virgen, la que tantas veces oyó gritar en los Percheles de Málaga:

—¡Viva mi Virgen morena!

Arturo Reyes

ESCUELA MATRITENSE DE ESTUDIOS SUPERIORES DE LA FACULTAD DE DERECHO

FUNDADA EN 1895

ÚNICO CENTRO DE ENSEÑANZA SUPERIOR INCORPORADO Á LA UNIVERSIDAD CENTRAL

Preparación por sistema especial de enseñanza mediante el trabajo realizado en las clases, complementado por apuntes-extractos de las explicaciones del Profesor oficial, y división de las clases en secciones, atendiendo al aprovechamiento y aplicación de los alumnos.

Planes abreviados para obtener el Título de Abogado en tres y cuatro años, y de grupos especiales de asignaturas formados para cada convocatoria, mediante los cuales puede obtenerse en brevísimo tiempo. Para Junio próximo se han establecido, entre otros, los siguientes grupos de asignaturas: PRIMERO. Para los alumnos que comiencen la carrera: las tres asignaturas del Preparatorio y las del primer año de Facultad.—SEGUNDO. Para los que tengan aprobado el Preparatorio: las asignaturas del primero y segundo año de la carrera.—TERCERO. Las asignaturas de tercero y cuarto año.—CUARTO. Derecho penal, Hacienda, Civil 2.º, Internacional privado, Mercantil y Procesales.—Los alumnos que empiecen la carrera pueden aprobar, mediante este plan de grupos, tres años de la misma en el curso próximo.

Todo género de garantías sobre el buen resultado.—Matrícula de Honor en todas las convocatorias.—Preparación por apuntes á los alumnos de provincias.

Pídanse Reglamentos: SAN BERNARDO, 85, MADRID

Sombreros Brave

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Montera, 6



Cayetano Fernández

Recibe en México El Cuento Semanal y admite suscripciones para éste y demás periódicos españoles, dentro y fuera de la capital.

3.ª Bolívar, 33

Apartado 1.658

Colecciones de EL CUENTO SEMANAL

(De los años 1907, 1908, 1909 y 1910)

Se venden en esta Administración al precio de **25 pesetas**, lujosamente encuadernadas

Para todo cuanto se relacione con la publicidad en **El Cuento Semanal**, dirigirse á D. Juan Pérez D. Aragón, Fuencarral, 90, bajo

Ayuntamiento de Madrid

La Villa de París

67, ATOCHA, 67



Abrigos,

Vestidos,

Salidas de teatro



**Abrigos y vestidos
de niña.**



GRAN SURTIDO

EN

Abrigos de piel



La mejor casa de España

Teléfono, núm. 6

Pídase catálogo
mandando sello

Madrid

Imprenta Artística Española.—San Roque, 7, Madrid.

Espo
por DI
2. Ilustra